Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

ALBERT CAMUS

Diarios de viaje

DEBOLS!LLO

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Albert Camus

Diarios de viaje

Edición establecida, presentada y anotada por
Roger Quilliot

Traducción de
Emma Calatayud

DEBOLSILLO

Introducción a la edición francesa

Cuando hace unos años publicamos el segundo tomo de los *Carnets* de Albert Camus, se nos plantearon dos problemas, uno de principio y el otro técnico.

El cuaderno dedicado a América del Sur no estaba clasificado con los demás; el manuscrito era asimismo distinto. Llevaba por título: *Viaje a América del Sur*. Estaba claro que el autor se había interrogado acerca de su destino. Por otra parte, cuando en 1954 me había entregado la copia mecanografiada del conjunto de esos *Carnets*, aquel viaje a América del Sur figuraba en un dossier especial.

Por lo demás, un estudio sumario nos aporta la prueba: se trata de una relación de viaje de la que se excluye cualquier reflexión que le sea ajena. ¿Camus proyectaba acaso darle mayor amplitud, hacer un relato más largo? No hay nada que nos lo demuestre. Pero todo indica que ese viaje y su relato ocupaban en su espíritu un lugar aparte.

Siendo así, ¿en qué forma podíamos proceder a su publicación, puesto que el cuaderno era demasiado delgado para constituir un volumen?

Lógicamente, pensamos en asociarlo al viaje a América del Norte, integrado este en la serie cronológica de los *Carnets*. Integración muy explicable si consideramos que, aparte de unas cuantas anotaciones turísticas relativas a la travesía del Atlántico y al descubrimiento de Nueva York, Camus habla en él muy poco de sus encuentros y aventuras durante el viaje; tampoco apuntó gran cosa sobre las conferencias que dio en Nueva York y en Harvard, ni sobre las reacciones que suscitaron. En cambio, las preocupaciones que salpican los cuadernos de los años 1945 y 1946 sí que están presentes, en particular *La peste*.

De modo que, pese a estas diferencias de textura, nos decidimos a reagrupar esos dos cuadernos. El texto fue establecido por madame Camus y por mí mismo, en lectura común, comparando los diversos textos mecanografiados y manuscritos, uno de ellos perteneciente, así como todos los cuadernos integrados en un mismo conjunto, a madame Camus —el cuaderno del viaje a Estados Unidos—, el otro a madame María Casares que consintió en confiárnoslo para examinarlo.

Para evitar cualquier suputación inútil, precisemos una vez más que estos textos se han publicado, igual que los anteriores, sin hacer ni el más mínimo corte. Las iniciales, cuando existen, fueron elegidas por el autor. Solo una

excepción, sin embargo: en dos ocasiones hemos sustituido el nombre de una misma persona por una X.

Los dos cuadernos poseen un interés común: nos muestran cómo pasaba Camus de las anotaciones en bruto a la obra elaborada. Encontramos algunos pasajes del Viaje a Estados Unidos en *Les pluies de New York*; importantes fragmentos del *Viaje a América del Sur* fueron recuperados ya sea en «El mar, aún más cerca» (*El verano*), o bien, más ampliamente aún, en «La piedra que crece»: dos escenas de baile, contempladas en la realidad, se hallan condensadas en uno de los escasos textos exóticos redactados por Camus. El viaje a Iguape y el episodio de la piedra que crece, anotados como simple folclore, adquieren en la novela un valor de símbolo. Sea cual fuere la opinión que tengamos sobre el relato, existen pocos ejemplos tan claros de la transformación que sufre el hecho en bruto antes de acceder al nivel del mito, y de un mito voluntariamente optimista, extraído de un viaje agotador y deprimente para el autor.

Las circunstancias de uno y otro viaje influyen en las reacciones de Camus: el viaje a Estados Unidos, iniciado el 10 de marzo de 1946, es tanto el de un periodista afamado como el de un autor que todavía no ha alcanzado su plena consagración. De ahí el desconfiado recibimiento de los servicios de policía estadounidenses que no quitan ojo —y de los más recelosos— al animador de un periódico que enarbola orgullosamente la divisa: «De la resistencia a la revolución». Lo extraño es que Camus no nos diga nada de las universidades estadounidenses, que lo tienen todo para sorprender al viajero francés, ni de la más prestigiosa de ellas, Harvard, que, sin embargo, conservó la huella de su paso por allí en su boletín mensual. Adivinamos, a través de unas cuantas notas apuntadas, una especie de asombro tan pronto admirativo como reprobador ante aquel Nuevo Mundo desmesurado con sus rascacielos y sus extensiones; y una vaga inquietud ante lo que implica aquella potencia colosal de expansionismo inconsciente. No está lejos el tiempo en que, entre los dos bloques hostiles que se constituyen al Este y al Oeste —y uno de cuyos pilares es Estados Unidos—, Camus se niegue obstinadamente a escoger. No obstante, de momento, le manifestó a su antiguo maestro M. Germain: «Mi viaje a América me ha enseñado muchas cosas que sería demasiado largo pormenorizar aquí. Es un gran país, fuerte y disciplinado en la libertad, pero que ignora muchas cosas y, en primer lugar, a Europa».

El viaje a América del Sur es de naturaleza diferente: Camus lo aborda en precarias condiciones físicas, aunque solo progresivamente sospecha de un

nuevo ataque de tisis. En ese sentido, su itinerario es también el de la enfermedad redescubierta, que dejará su marca en «El mar, aún más cerca». No sin desgarramiento, se aleja de sus seres queridos, y de ahí el nerviosismo con que reacciona ante los retrasos del correo. Finalmente, se trata de su primer viaje oficial como figura destacada: no volverá a repetirlo (de hecho, dará más adelante unas conferencias en Italia y en Grecia); si bien en ocasiones consigue disfrutar de la estancia, las más de las veces le fastidian las múltiples obligaciones inherentes a esa clase de periplos: encuentros variados y a menudo decepcionantes, calidad desigual de huéspedes y recepciones; todo está hecho para irritar a un hombre que aborrece las mundanalidades y que sabe, sin embargo, que al aceptar aquel viaje ha aceptado también sus sujeciones. Así que lo veremos someterse por propia voluntad aunque, en el fondo, de mala gana, a un programa excesivamente cargado y de interés diverso.

En suma, estas páginas llevan la marca de un estado de crisis que la lectura de Vigny no hace sino confirmar ya desde el barco: crisis física que Camus tardará muchos meses en superar; crisis sentimental y moral que se traduce en la obsesión del suicidio, así como en un sentimiento agudo de exilio. Es de ahí de donde «La piedra que crece» extrae su savia en este viaje.

Por eso se muestra particularmente sensible a los contrastes violentos que ofrecen al europeo esas tierras estadounidenses: riquezas opuestas a una extremada pobreza; cultura refinada y bárbara, a veces en la misma persona. Sin contar con ese enorme problema que a cualquier observador lúcido plantea la superpoblación de esas tierras, especialmente en las grandes ciudades. Camus descubre, no sin malestar, lo que apenas empezaba a llamarse «el Tercer Mundo». Y sin duda sufre por no percibirlo sino envuelto en un torbellino, durante el cual los vuelos aéreos lo disputan a las mundanalidades.

Dos viajes distanciados por dos años de intervalo. En los doce años que van a seguir, Camus aceptará muy pocas veces dar conferencias en el extranjero: rechazará un «puente de oro» para el Japón. Por obligación, se resignará a las festividades del Premio Nobel en Estocolmo. Y, aun así, fue precisa la insistencia de Roger Martin du Gard y de sus editores.

Paradójicamente, mientras que el joven sin grandes recursos había recorrido libremente toda Europa, el escritor en plena notoriedad, después de 1948, huirá de los viajes que pueblan generalmente la existencia de sus pares.

ROGER QUILLIOT

Estados Unidos

De marzo a mayo de 1946

América. Salida. La ligera angustia propia de toda partida ha pasado ya. En el tren, me encuentro con R., psiquiatra que va a allí para tomar contactos. Sé que estará en mi cabina, en el barco, y no me resulta desagradable porque lo encuentro de espíritu ingenioso y simpático. En mi compartimento, tres chiquillos bastante revoltosos a la salida, pero que se dormirán; su niñera, su madre, mujer alta y elegante de ojos claros, y un pedacito de mujer rubia que llora enfrente de mí. Viaje sin historias, salvo una. Le hago algunos favores a la joven rubia. Antes de llegar a Rouen, una mujer grandota vestida con una larga piel de animal y con rasgos achatados me interroga para saber si todas las personas que hay en aquel vagón van a América. Si yo voy. «Sí.» Se disculpa y me pregunta si puede preguntarme lo que voy a hacer allí. «A dar conferencias.» «¿Literarias o científicas?» «Literarias.» Suelta un verdadero grito teatral llevándose la mano con rapidez a la boca. «¡Ah —dice—, es maravilloso!» Y dos segundos después, con los ojos bajos, añade: «Yo también ando metida en la literatura.» «¿Ah, sí?», le digo yo. «Sí, voy a publicar un libro de poemas.» «Muy bien», digo yo. «Sí, he conseguido que Rosemonde Gérard me escriba un prólogo. Me ha hecho un soneto muy bonito.» Bravo. «Claro que se trata de mi primer libro. Pero comenzar en la literatura con un prólogo de Rosemonde Gérard...» «¿Qué editor lo publica?» Me da un nombre que no conozco. Me explica que son versos regulares «porque yo escribo más bien al estilo clásico. Lo moderno, a mí, no sé lo que pensará usted... pero no me gusta lo que no comprendo», etc., etc. Se baja en Rouen y me propone poner un telegrama que yo quiero enviar a París, porque he olvidado la dirección de R. en Nueva York. No debió de mandarlo porque no he recibido respuesta.

En el vagón restaurante vuelvo a encontrarme con R. y almorzamos frente a la chiquita rubia que no consigue cascar sus nueces. Al llegar a Le Havre, la chiquita, que parece encontrarse completamente perdida, me pide ayuda. Mientras esperamos el autocar, charlamos un poco. Ella va a Filadelfia. El autocar es un antiguo coche celular sucio y polvoriento. Le Havre, con inmensas zonas de obras llenas de cascotes. El aire es húmedo. Cuando llegamos ante el *Oregon*, me doy cuenta de que se trata de un buque de carga, un carguero muy grande, pero un carguero. Aduana, cambio, comisaría con la cajita de fichas que consulta un poli mientras van diciendo nuestro apellido, y que conozco muy bien a causa de algunos sudores fugitivos que me proporcionó durante la ocupación. Y, después, a bordo.

La cabina de cuatro personas, con duchas y váter, se ha convertido en una

cabina para cinco, donde es imposible estornudar sin tirar algo. Nos piden que pasemos al comedor para ver al «maître d'hôtel». En realidad, es para asistir a una escena de comedia. El «maître d'hôtel» se parece a los franceses tal como los vemos en las películas americanas y, además, padece tics que hacen que mire constantemente a derecha y a izquierda. Se aplica en componer mesas armoniosas y para ello dispone, como las buenas amas de casa, de un plano y del título de algunos de los pasajeros especialmente recomendados. Naturalmente, quiere sentarme al lado de un periodista que se encuentra a bordo.[1] Pero me niego con energía y, finalmente, me encuentro con R. y el pedacito de mujer rubia que se llama, ¡oh, maravilla!, Jeanne Lorette. Es una joven parisina que trabaja en perfumería, que lloraba aquella mañana por haber dejado a su hermana gemela, ya que esta, para ella, lo es todo, pero que debe ir a Filadelfia para reunirse con un americano con el que se va a casar. R. está encantado con la naturalidad, el sentido común y la gentileza de Lorette. Yo también. La cabina nos gusta un poco menos. La cama supletoria que hay en medio la ocupa un anciano de setenta años. La litera encima de la mía pertenece a un tipo de mediana edad, y presumo que se dedica a los negocios. Encima de R. está un vicecónsul que va a Shangai, con un semblante comunicativo y ruidoso. Nos instalamos y yo decido ponerme a trabajar.

Durante la cena, vuelvo a encontrarme con R., con Lorette y con la mujer alta del compartimento (no es tan alta, pero sí delgada y elegante), y con una pareja de mexicanos «que se dedican a los negocios». Las dos mujeres parecen mirar a nuestra Lorette con un poco de desconfianza. Pero ella se comporta de manera natural, con lo que demuestra tener más clase que las otras dos. Nos cuenta que su suegra, que no la conoce, le envía unas cartas muy amables y que las suegras parecen ser en América de una calidad muy superior. Su novio es muy creyente, no bebe ni fuma. Le ha pedido que se confiese antes de partir. La mañana del viaje (en los días anteriores tuvo que hacer algunas gestiones) se levantó a las seis para ir a la iglesia, pero estaba cerrada y el tren salía temprano. Así que se confesará cuando llegue allí y dice con su ligero acento parisino (por lo demás, articula muy mal y muy deprisa y hay que inclinar la cabeza para captar lo que dice): «Prefiero que sea así, porque el de allí no entenderá bien lo que le digo y así me dará la absolución». Le explicamos que siempre dan la absolución en esos casos. «Incluso para los pecados mortales.» Claro que sí, dice R., convencido. Y le indicamos que probablemente haya algún capellán en el barco.

Después de cenar, R. y yo estamos de acuerdo en que la encantadora Lorette

trata de calmar su aprensión presentando a los demás y, por consiguiente, a sí misma, una imagen reconfortante de la situación, que quizá sea reconfortante, pero ese no es el tema. En cualquier caso, también estamos de acuerdo para desear toda la felicidad que se merece a aquel gracioso animalito. El acostarnos resulta más laborioso. Aquello parece, de verdad, un dormitorio de tropa. Hay dos que roncan: el viejo y el hombre de negocios. Además, R. y yo habíamos abierto el ojo de buey, pero el viejo lo cierra en plena noche. Tengo la impresión de respirar el aliento de los demás y me entran unas ganas furiosas de ir a acostarme en cubierta. Únicamente me lo impide la idea del frío. Hay que despertarse a las siete y media porque no se puede desayunar después de las ocho y media. Trabajo por la mañana. A las doce y cuarto, almuerzo. El mexicano me dice que representa en México a unas casas de perfume francesas, y me hace el elogio de la calidad francesa. Los hermosos ojos claros que tengo frente a mí pierden un poco de su orgullo y uno se da cuenta de que había mucha timidez en su caso. Lorette nos asegura que jamás permitirá que le hablen mal de Francia en su familia. Nos hace un retrato de los antuerpienses notable por su buen juicio. (Si le compran a su mujer una sortija, es un diamante en bruto, nunca una sortija ya trabajada. De este modo, poseen un capital. Y abrigos de pieles. O sea, todo valores seguros.)

Por la tarde hablamos con el vicecónsul. Me entero sin gran sorpresa de que nació en Orán. Y, naturalmente, nos damos grandes palmadas en la espalda. Ha estado en los países más inverosímiles, entre ellos Bolivia, de la que me habla muy bien. La Paz se halla a cuatro mil metros de altitud. Los coches pierden allí el 40 por ciento de su fuerza, las pelotas de tenis apenas alcanzan su objetivo y los caballos solo pueden saltar pequeños obstáculos. Pero a él apenas le afectó comiendo ajos. Su mujer, una polaca de ingenio muy fino, cuenta a R. historias de magia. Son las tres. Zarpamos. El mar está precioso. La mujer de un marino, de luto riguroso, corre torpemente a lo largo del muelle acompañando al barco con gestos de adiós. La última imagen de Francia es la de inmuebles derruidos, en la orilla de esta tierra herida.

A trabajar. Durante la cena, el mexicano relata historias de aduanas. Solo una es interesante: la del americano al que tuvieron que amputar una pierna en México a consecuencia de un accidente, y que quiso llevarse consigo su pierna difunta, dentro de una caja de cristal. Tres días de discusión para saber si aquel objeto entraba o no en la categoría incluida en un sumario relativo a la defensa contra las epidemias. Pero, al declarar el americano que no se separaría de su

pierna y que antes de eso se quedaría en México, Estados Unidos no quiso renunciar a un honorable ciudadano. La Lorette tose mucho y teme al mareo. R. quiere curarla mediante un método de autosugestión. Y lo hace muy acertadamente. Después de cenar, tomo una copa con Mme D., la mujer alta de ojos claros. Marido en la embajada de Washington.

Martes a las diez. La noche ha sido buena, aunque corta. Esta mañana llueve y el mar está cada vez más picado. El bar está casi vacío. Trabajo en paz. El Atlántico tiene color de ala de paloma. Me tumbo un poco antes de almorzar, con el estómago algo revuelto. Me duermo y me despierto al cabo de media hora, tan fresco como una lechuga. En la comida, abstenciones. Nuestra Lorette no abandonará su litera en todo el día. Los mexicanos se levantan de la mesa antes de terminar. Mme D., R. y yo charlamos amigablemente. Pero R. se va a la cama, un poco indispuesto. Aunque yo me encuentro en buena forma, hago lo mismo. Tengo la cabeza demasiado floja para trabajar. Pero leo *Guerra y paz*. ¡Cómo me habría enamorado yo de Natacha!

El día se ha hecho largo después, pesado y monótono. Después de cenar, el X. de las pieles me habla de la sabiduría oriental. Es el tipo de conversación que nunca he podido soportar más de cinco minutos. Me voy a la cama a encontrarme con Natacha Rostov.

Miércoles. Me levanto con fiebre y algo de anginas. Pero luce un hermoso sol a pesar del mar picado. Paso toda la mañana tumbado al sol. Por la tarde, inglés con R. en la cubierta y cóctel en la habitación del comandante con Mme D. Después de cenar, R. narra sus recuerdos de cuando era médico. Dachau. El montón de moribundos cuya diarrea chorrea de unos a otros.

Jueves. Asqueroso día con el frío de la gripe. Un poco de champán por la noche con R. y Mme D. me reanima. Pero tengo la cabeza vacía. Inglés, de todos modos, por la tarde.

Viernes. La gripe va mejorando. Pero la vida sigue siendo igual de monótona. Trabajo un poco por la mañana. El mar sigue alborotado. Por la tarde, recibimos con el cónsul (Dahoui) a Mme D. y a L. en nuestra cabina. Agradable charla. El cónsul cuenta (con elocuencia argelina) la historia del joven vicecónsul de Andrinoplia, que no conseguía hacerle su primera visita al cónsul por culpa de cuatro orangutanes atados que había en la antecámara del consulado. Por fin, se decide, pero pasa unos días de mucho miedo en aquel consulado. Finalmente, después de que el cónsul les anunciase que uno de aquellos animales había

muerto por absorción de una caja de cerillas, él lleva cada día una caja que les entrega afectuosamente a cada uno de los animales hasta que estos mueren. Cuando han enterrado a todas las bestias, respira tranquilo.

Historia clásica también la de los cónsules de treinta años en Yidda[2] y otros lugares, que se alcoholizan y mueren en soledad (para mí).

Por la noche, después de cenar, como tenemos que pasar por delante de las Azores, subo a cubierta y, en un rincón resguardado del fuerte viento que sopla desde que salimos, consigo gozar de una noche pura, con escasas pero muy grandes estrellas que corren por encima del barco en un mismo movimiento rectilíneo. Una luna menuda da al cielo una luz sin brillo que ilumina el agua turbulenta con un reflejo uniforme. Una vez más, contemplo, igual que lo hago desde hace años, los dibujos trazados por la espuma y el surco sobre la superficie de las aguas, ese encaje que se hace y deshace, ese mármol líquido... y, una vez más, busco la comparación exacta que fije un poco para mí esa maravillosa eclosión de mar, de agua y de luz que se me escapa desde hace tanto tiempo. Otra vez en vano. Para mí, es un símbolo que continúa.

Viernes. Sábado. Domingo. El mismo programa. El mar sigue muy alborotado, bajamos hacia el sur y dejamos atrás las Azores. Esta sociedad en miniatura es al mismo tiempo apasionante y monótona. Todos presumen de elegancia y de mundología. Es el lado «perrito sabio» de la gente. Pero algunos se explayan. El peletero X. está en el barco. Nos enteramos de que posee una magnífica vajilla de porcelana, soberbios objetos de plata, etc., pero que utiliza en su lugar unas copias que ha mandado hacer, y guarda bajo llave los originales. Me ha parecido que también debe de tener una copia de su mujer, con quien jamás debió hacer más que una copia de amor.

Tres o cuatro pasajeros van a Estados Unidos visiblemente para exportación de capitales. Les dejo incluso que me expliquen la combinación, muy astuta en sí misma. «Fíjese usted —dice uno de ellos— que yo no hago nada en contra del Estado. Sus intenciones son buenas, pero no entiende nada de negocios.» Ellos sí que entienden de negocios. Estamos de acuerdo R. —encantador compañero, como siempre— y yo en que el único problema contemporáneo es el del dinero. Sucias caras podridas por la codicia y la impotencia. Afortunadamente, tenemos la compañía de las mujeres. Son la verdad y la tierra. Mme D., cada vez más encantadora. L. también.

Lunes. Magnífico día. Ha amainado el viento. Por primera vez, el mar está en

calma. Los pasajeros suben a cubierta como setas después de la lluvia. Se respira de gusto. Por la tarde, un sol magnífico. Después de la cena, claro de luna sobre el mar. Mme D. y yo pensamos que la mayor parte de la gente no lleva la vida que quisiera y que hay en ello cobardía.

Domingo. Nos anuncian que llegaremos por la noche. La semana ha transcurrido de manera vertiginosa. En la noche del martes 21, nuestra mesa decide festejar la primavera. Alcohol hasta las cuatro de la madrugada. Al día siguiente también. Cuarenta y ocho horas de euforia agradable, en que todas las relaciones se precipitan. Mme D. se halla en plena rebelión contra su medio. L. me confiesa que va a hacer un matrimonio de conveniencia. El sábado dejamos atrás el Gulf-Stream y la temperatura refresca terriblemente. El tiempo pasa muy rápido entretanto, de modo que al final ya no tengo tanta prisa por llegar. He terminado de redactar mi conferencia. Y, el resto del tiempo, miro el mar y charlo, sobre todo con R., realmente inteligente, y, por supuesto, con Mme D. y L.

Hoy a las doce del mediodía divisamos tierra. Desde por la mañana sobrevolaban el barco unas gaviotas y parecían suspendidas, inmóviles, encima de los puentes. Coney Island, que recuerda a la puerta de Orléans, es lo primero que aparece. «Es como Saint-Denis o Gennevilliers», dice L. Es completamente cierto. Con el frío, el viento gris y el cielo llano, todo esto resulta bastante deprimente. Anclamos en la bahía del Hudson y no desembarcaremos hasta mañana por la mañana. A lo lejos, los rascacielos de Manhattan sobre un fondo de bruma. Tengo el corazón tranquilo y seco, como cuando me encuentro ante algún espectáculo que no me dice nada.

Lunes. Me acosté muy tarde la víspera. Me he levantado muy temprano. Navegamos por el puerto de Nueva York. Espectáculo formidable a pesar o a causa de la niebla. El orden, el poder, la fuerza económica se encuentran ahí. El corazón tiembla ante tanta admirable inhumanidad.

No desembarco hasta las once, después de largas formalidades, y yo soy el único, de entre todos los pasajeros, que se ve tratado como sospechoso. El oficial de inmigración acaba por disculparse por haberme retenido tanto tiempo.[3]«Me he visto obligado a ello, pero no puedo decirle por qué.» ¡Misterio, pero después de cinco años de ocupación!

Recibido por C., E. y un enviado del consulado. C. no ha cambiado nada. E. tampoco. Pero, con todo este tumulto, los adioses a L., a Mme D. y a R. son rápidos y fríos.

Cansado. Me vuelve la gripe. Y recibo la primera impresión de Nueva York con las piernas temblorosas. Tras una primera ojeada, horrorosa ciudad inhumana. Pero sé que después uno cambia de opinión. Hay detalles que me llaman la atención: que los basureros lleven guantes, que la circulación sea disciplinada, sin intervención de ningún guardia en los cruces, etc., que nadie tenga nunca calderilla en este país y que todo el mundo parezca sacado de una película en serie. Por la noche, al cruzar Broadway en taxi, cansado y con fiebre, me siento literalmente aturullado por la «feria luminosa». Vengo de cinco años de noche, y esa orgía de luces violentas me da por primera vez la impresión de estar ante un nuevo continente (un enorme anuncio de Camel de 15 metros: un G. I. con la boca abierta de par en par emite enormes bocanadas de *verdadero* humo. Todo ello es amarillo y rojo). Cuando me acuesto, me duele el corazón tanto como el cuerpo, pero sé perfectamente que dentro de dos días habré cambiado de opinión.

Martes. Me levanto con fiebre. Incapaz de salir antes del mediodía. Cuando llega E., estoy un poco mejor, voy a comer con él y con D., un publicista de origen húngaro, a un restaurante francés. Me doy cuenta de que ni siquiera me he fijado en los *skyscrapers*, me han parecido naturales. Es una cuestión de proporciones generales. Y, además, no se puede estar siempre con la cabeza levantada. De modo que, en el campo de visión, no vemos más que una proporción razonable de pisos. Magníficas tiendas de alimentación. Con que hacer reventar a toda Europa. Admiro a las mujeres por la calle, el colorido de los vestidos, el de los taxis que parecen todos insectos endomingados: rojos, amarillos, verdes. En cuanto a las tiendas de corbatas, hay que verlas para creerlas. Tanto mal gusto parece apenas imaginable. D. me asegura que a los americanos no les gustan las ideas. Eso es lo que dicen. Yo no me fío.

A las tres, voy a ver a Régine Junier. Admirable solterona que me envía todas sus riquezas porque su padre murió enfermo del pecho a los veintisiete años y que entonces... Vive en dos habitaciones, en medio de un montón de sombreros que ella fabrica y que son excepcionalmente feos. Pero no hay nada que pueda sustituir a ese corazón generoso y atento que muestra en cada una de sus palabras. La dejo, devorado por la fiebre e incapaz de hacer otra cosa que no sea irme a dormir. Tanto peor para las citas. — Olor de Nueva York — un perfume de hierro y de cemento — el hierro domina.

Por la noche, cena con L. M. en el Rubens. Me cuenta la historia de su secretaria, muy «American Tragedy». Casada con un hombre con el que tiene

dos hijos, su madre y ella descubren ya tarde que el marido es pederasta. Separación. La madre, protestante puritana, sonsaca y prepara a la hija durante meses inculcándole la idea de que sus hijos serán unos degenerados. La muy idiota acaba por asfixiar a uno y estrangular al otro. Declarada irresponsable, la dejan en libertad. L. M. me cuenta su teoría personal sobre los americanos. La he oído ya quince veces.

En la esquina de la 1.ª calle Este, pequeño bistró donde un fonógrafo mecánico vociferante cubre todas las conversaciones. Para conseguir cinco minutos de silencio hay que poner cinco céntimos.

Miércoles. Un poco mejor esta mañana. Visita de Liebling, del *New Yorker*, hombre encantador. Chiaromonte[4] y luego viene Rubé. Los dos últimos y yo comemos en un restaurante francés. Ch. habla de América como nadie, a mi entender. Le señalo los *Funeral Home*. Él me cuenta cómo funcionan. Una de las maneras de conocer un país es saber cómo se muere en él. Aquí, todo está previsto. *«You die and we do the rest»*, dicen los anuncios publicitarios. Los cementerios son propiedades privadas: «Apresúrese a reservar su parcela». Todo sucede en el almacén, transporte, ceremonias, etc. Un hombre muerto es un hombre acabado. — En casa de Gilson, radio. Luego a mi cuarto con Vercors, Thimerais y O'Brien.[5] Conferencia de mañana. A las seis, una copa con Gral en el Saint-Regis. Vuelvo a pie por Broadway, perdido entre la multitud y los enormes anuncios luminosos. Sí, existe lo «trágico» americano. Es lo que me oprime desde que estoy aquí, pero todavía no sé de qué está hecho.

En Bowery Street, la calle de comercios para novias a lo largo de quinientos metros. Ceno yo solo en el restaurante de mediodía. Y regreso para escribir.

Cuestión negra. Hemos enviado a un martiniqués en misión aquí. Lo han alojado en Harlem. Frente a sus colegas franceses, se da cuenta por primera vez de que no pertenece a la misma raza.

Observación contraria: en el autobús, un americano medio se levanta delante de mí para cederle el sitio a una anciana negra.

Impresión de riqueza derramada a raudales. La inflación está ahí, me dice un americano.

Jueves. Se me pasa el día dictando mi conferencia. Por la tarde, un poco de nerviosismo, pero me pongo a ello enseguida y el público «prende». Mientras hablo, manipulan la caja cuyo producto va destinado a los niños franceses.

O’Brien anuncia la cosa al final y uno de los espectadores se levanta para proponer que cada uno, a la salida, entregue la misma cantidad que entregó a la entrada. A la salida, todo el mundo da mucho más y la recaudación es considerable. Típico de la generosidad americana. Su hospitalidad y su cordialidad son del mismo estilo, inmediatas y sin aparato. Es lo mejor que hay en ellos.

Su afición por los animales. Almacén de animales de varios pisos: en el primero, los canarios y, en el último, los grandes monos. Hace unos años, arrestaron en la Quinta Avenida a un señor que paseaba a una jirafa en un camión. Explicó que a su jirafa le faltaba aire en el extrarradio donde la albergaba y que había encontrado aquella manera de sacarla a tomar el fresco. Hay una señora que lleva una gacela a pastar a Central Park. Ante el tribunal, explica que aquella gacela es una persona. «Sin embargo, no habla», dice el juez. «Sí, habla el lenguaje de la bondad.» Cinco dólares de multa. Al lado de eso, un túnel por debajo del Hudson de tres kilómetros y el formidable viaducto de New Jersey.

Tras la conferencia, una copa con Schiffrin,[6] Dolores Vanetti, que habla el argot más puro que he oído, y otros más. Madame Schiffrin me pregunta si no he sido actor.

Viernes. Knopf.[7] Las once. El gran estilo. Doce. Broadcasting. Gilson es simpático. Iremos juntos a ver la Bowery. Almuerzo con Rubé y J. de Lannux que nos pasea después en coche por Nueva York. Hermoso cielo azul que me obliga a pensar que nos encontramos a la misma latitud que Lisboa, cosa que me cuesta imaginar. Al ritmo de la circulación, los rascacielos dorados dan vueltas y revueltas en el azul por encima de nuestras cabezas. Es un buen momento.

Vamos a Tryon Park, más arriba de Harlem, desde donde dominamos el Bronx por un lado y el Hudson por el otro. Las magnolias estallan casi por todas partes. Digiero un nuevo ejemplar de esos *ice-cream* que me encantan. Otro buen momento.

En el hotel a las cuatro, Bromley me espera. Corremos hacia New Jersey. Gigantesco paisaje de fábricas, viaductos y vías férreas. Y luego, de repente, East Orange y la campiña más parecida a una postal que pueda existir, con miles de *cottages* limpios e inmaculados como si fueran juguetes, en medio de álamos y magnolias. Me enseñan la pequeña biblioteca pública, clara y alegre, por donde desfila todo el barrio, con una inmensa sala para niños. (Por fin un país

donde se ocupan de verdad de los niños.) Miro las fichas dedicadas a la filosofía: W. James y eso es todo.

En casa de Bromley, hospitalidad americana (su padre es de origen alemán, por lo demás). Trabajamos en la traducción de *Calígula* que él ha terminado. Me explica que yo no sé cuidarme de mi publicidad, que aquí tengo un *standing* del que debería sacar provecho, y que el éxito de *Calígula* aquí me garantizaría, a mis hijos y a mí, el porvenir. Según sus cálculos, yo ganaría un millón quinientos mil dólares. Me río y él menea la cabeza. «¡Ah!, no tiene usted *sense*.» Al regresar, nos tuteamos.

Es un buen chico y quiere que vayamos juntos a México. (Nota: ¡Es un americano que no bebe!)

Sábado. Régine. ¡Le llevo mis regalos y se echa a llorar a lágrima viva!

Una copa en casa de Dolores. Después, Régine me lleva a visitar los grandes almacenes americanos. Pienso en Francia. Por la noche, cena con L.M. Desde arriba del Plaza, admiro la isla cubierta de monstruos de piedra. De noche, con sus millones de ventanas iluminadas y sus grandes paredes negras que llevan esos guiños hasta media altura del cielo, tengo la impresión de un gigantesco incendio a medio apagar, que se levanta ante el horizonte de miles de inmensos armazones negros aún rellenos de puntos de combustión. La encantadora condesa.

Domingo. Paseo con Chiaromonte y Abel[8] a Staten Island. A la vuelta, en los bajos de Manhattan, inmensas excavaciones geológicas entre los rascacielos, muy cerca unos de otros, por donde avanzamos dominados por un sentimiento prehistórico. Cenamos en Chinatown. Y respiro por vez primera en un lugar donde encuentro la auténtica vida pululante y mesurada que a mí me gusta.

Lunes por la mañana. Paseo con Georgette Pope, que ha venido hasta mi hotel, Dios sabe por qué. Es de Nueva Caledonia. «*What is your husband's job*? — *Magician*!» Desde lo alto del Empire State, con un viento glacial, admiramos Nueva York, sus viejas aguas y esa profusión de piedras.

Durante la comida, la mujer de Saint-Ex. —una extravagante— cuenta que en San Salvador su padre tuvo, con diecisiete legítimas, cuarenta bastardos, y que a cada uno de ellos le dio una hectárea de tierra.

Noche, conversación en la Escuela libre de Altos Estudios. Cansado, voy a Broadway con J. S.

Rolley Skating calle 52 O.[9] Un inmenso velódromo recubierto de polvo y de terciopelo rojo. En una caja rectangular situada al fondo, bajo el techo, una vieja dama toca en un órgano de gran tamaño las más variadas melodías. Y cientos de marinos, de muchachas jóvenes vestidas con «pichis» para la circunstancia, dan vueltas en brazos unos de otros entre un infernal estruendo de ruletas de hierro y grandes órganos. Habría que ampliar la descripción.

Seguidamente, Eddy et Léon, un club nocturno sin encanto. Pero J. S. y yo, para recompensarnos, nos hacemos una foto en una especie de fotografía de feria, en donde uno puede retratarse haciendo de Adán y Eva gracias a dos maniquíes de cartón, completamente desnudos y con un agujero a la altura de la cabeza. Por ese agujero se puede asomar la cara.

J., que habla bien del amor americano, pone interés en que yo conozca a las *taxi-girls*. Una salita polvorienta con luces tamizadas. Cada moneda de diez céntimos da derecho a un baile. Pero si se quiere charlar con la dama hay que instalarse al fondo de la sala, a cada lado de una pequeña barrera, y no puede uno acercarse. Sensación de represión y de terrible exasperación sexual. J. me cuenta el *V Day* y las escenas de orgía en Times Square.

Martes. Con el encantador Harold, que me habla también de la mujer americana. Por la noche, French Institute aburridísimo. Pero vamos a un club de negros con el doctor Jerry Winter. Rocco, el pianista negro más formidable que jamás he oído desde hace años. Toca de pie ante un piano con ruedas que va empujando delante de él. El ritmo, la fuerza, la precisión en su manera de tocar; y él que participa, salta, baila, mueve la cabeza y el pelo a izquierda y derecha.

Impresión de que solo los negros dan vida, pasión y nostalgia a este país, al que colonizan a su manera.

Noche de Bowery. La miseria — y un europeo siente ganas de decir: «Por fin lo concreto». Los verdaderos desechos humanos. Y los hoteles a veinte céntimos. Bowery Follies donde unas cantantes muy viejas dan su espectáculo en un decorado de *saloon*, ante un auditorio miserable. Y, a unos pasos de allí, las más espléndidas boutiques de novias que puedan verse —todo reunido—, espejos, brillos, etc. Sí, una noche sorprendente.

W. Franck.[10] Uno de los pocos hombres superiores que me he encontrado aquí. Le desespera un poco la América de hoy y la compara con la del siglo XIX. «Los grandes talentos (Melville) siempre fueron solitarios aquí.»

Vassar College. Un ejército de jóvenes *starlets* de piernas largas que se cruzan sobre el césped. Lo que aquí hacen en favor de la juventud merece la pena ser retenido.

Domingo. Larga conversación con Ch. ¿Podemos nosotros rehacer una Iglesia laica?

Paso la tarde con unos estudiantes. No perciben el verdadero problema y, sin embargo, su nostalgia es evidente. En este país donde todo contribuye a demostrar que la vida no es trágica, experimentan una sensación, una carencia. Este gran esfuerzo es patético, pero hay que rechazar lo trágico después de haberlo visto, no antes.

Lunes. Ryder[11] y Figari.[12] Dos grandísimos pintores. La pintura de inspiración mística y artesanal, o casi, en cuanto a técnica (son casi esmaltes) de Ryder nos recuerda irresistiblemente a Melville, de quien era poco más o menos contemporáneo (más joven). Sí, la gran América está aquí. ¿Y ahora? Figari lo tiene todo: nostalgia, fuerza, humor.

Después, Alfred Stieglitz, viejo Sócrates americano. «La vida me parece cada vez más bella a medida que envejezco: pero vivir es cada vez más difícil. No espere nada de América. ¿Somos un fin o un principio? Creo que somos un fin. Es un país que no conoce el amor.»

Por la noche, circo. Cuatro pistas. Todo el mundo trabaja al mismo tiempo. Y yo no veo nada.

Tucci: Que las relaciones humanas son muy fáciles aquí porque no hay relaciones humanas. Se quedan en la superficie. Por respeto y por pereza.

Los miles de generales y almirantes de opereta que en Nueva York son porteros, *captains* y *boys*. Los ascensoristas como ludiones, a miles, subiendo y bajando en sus grandes jaulas.

19 de abril. Otra noche en la Bowery. Y el *elevated* —vamos en la parte de delante— que se lanza a toda velocidad a la altura de un quinto piso, y los rascacielos que dan vueltas alrededor con lentitud, y la máquina se traga las lucecitas rojas y azules, se deja digerir un momento por las pequeñas estaciones y reemprende su carrera hacia unos barrios más y más miserables, por donde circulan cada vez menos coches.

De nuevo las Bowery Follies y las viejas cantantes que se presentan aquí al

final de una carrera. Enormes, con unas jetas blanqueadas y sudorosas, se ponen de pronto a patalear de tal manera que hacen saltar los paquetes de carne informe que las cubren. «Soy un pájaro en una jaula dorada.» —«Yo no tengo ambición.»— «No soy el bebé de nadie», etc. Las menos feas no tienen éxito. Hay que ser o *muy guapo* o *muy feo*. Instructivo. Existe una mediocridad incluso en la fealdad. Y, después, la noche. Y, en un decorado que semeja una pocilga, esos rumanos que cantan y bailan hasta perder el aliento. Transportado al extremo de una tierra exaltada — y ese rostro inolvidable.

Cuando miramos desde lo alto de Riverside, al Highway, a lo largo del Hudson, la fila ininterrumpida de coches que ruedan despacio y bien aceitados hace que ascienda hasta nosotros un canto a la vez grave y lejano que es exactamente como el ruido de las olas.

En Filadelfia, cementerios pequeños llenos de flores bajo los enormes gasómetros.

Dulzura de los atardeceres sobre los amplios cuadrados de césped de Washington, cuando el cielo se pone rojo y la hierba comienza a oscurecer, cuando nubes de negritos se envían unos a otros la pelota con una pala de madera entre gritos alegres, cuando unos americanos en camisa, despechugados, dejándose caer en unos bancos que parecen extraídos del *saloon* de alguna vieja película, chupan con un resto de energía unos helados que van dentro de unas cajitas de cartón pasteurizado, mientras las ardillas acuden a desenterrar bajo nuestros pies golosinas, cuyos nombres solo ellas conocen y que, en cien mil árboles de la ciudad, un millón de pájaros saludan la aparición de la primera estrella por encima de la pirámide de Washington, en el cielo aún claro, mientras unas criaturas de piernas largas recorren los caminos de hierba ante la perspectiva de los grandes monumentos, ofreciendo al cielo un momento relajado de su rostro espléndido y de su mirada sin amor.

Peste: es un mundo sin mujeres y, por lo tanto, irrespirable.

El que tiene razón es el que jamás ha matado a nadie. De modo que no puede ser Dios.

Mi curiosidad por este país ha cesado de repente. Como me pasa con algunas personas de quienes me aparto sin explicación y sin mayor interés (cosa que me reprocha F.). Y veo muy bien las mil razones que puede haber para interesarse por ellas, sería capaz de presentar su defensa y su apología, puedo reconstruir su belleza o su porvenir, pero, simplemente, mi corazón ha dejado de hablar y...

Teatro chino de Chinatown. Una sala grande, polvorienta y redonda. El espectáculo dura de las seis a las once y se desarrolla ante mil quinientos chinos que comen cacahuetes, parlotean, entran, salen y siguen el espectáculo con una suerte de distracción constante. Los niños corren por en medio de la sala. En el escenario, los actores vestidos con sus trajes de teatro representan su papel al lado de los músicos vestidos de paisano y con tirantes, que se interrumpen de cuando en cuando para comer un sándwich o colocarle bien los pantalones a un niño. De la misma manera, durante toda la acción, unos maquinistas con chaleco y en mangas de camisa entran y salen para recoger una espada que se le ha escapado de las manos a un moribundo, para colocar una silla o quitar otra, todo ello sin verdadera necesidad. Entre bastidores, de vez en cuando se divisa a los actores que esperan para hacer su entrada y que charlan o siguen la acción.

En cuanto a la obra, como el programa está en chino, he tratado de inventarme el tema. Pero sospecho que no he hecho más que cometer errores. Porque en el momento en que un buen hombre muere en escena de la manera más realista, en medio de las lamentaciones de la viuda y de sus amigos, en el momento en que yo estoy muy serio, el público se ríe. Y, cuando un magistrado con voz chillona hace su entrada bufonesca, yo soy el único que se ríe, mientras que todo el público da muestras de respetuosa atención. Una especie de carnicero cubierto de sangre mata a un hombre. Obliga a un joven chino a transportar el cuerpo. El joven chino tiene tanto miedo que sus rodillas se golpean la una contra la otra...

De Nueva York a Canadá

Gran campiña limpia y ventilada con las pequeñas y grandes casas de columnas blancas y los altos árboles bien formados, y los arriates en los jardines jamás separados por barreras, tanto es así que aquello es como un único espacio verde que pertenece a todo el mundo, donde hermosos niños y adolescentes esbeltos sonríen a una vida llena de cosas buenas y de cremas ricas. La naturaleza, aquí, contribuye al hermoso cuento de hadas americano.

Relato de una infancia americana, y él busca en vano lo que le pide su corazón. Se resigna.

La lechuza que tocaba la batería en Bowery Follies.

Dos personas se aman. Pero no hablan la misma lengua. Hay uno que habla las dos lenguas, pero una de ellas de manera imperfecta. Eso basta para que se amen. Pero el que sabía las dos lenguas muere. Y sus últimas palabras las dice

en su lengua materna, que el otro es incapaz de captar. Aguza el oído, aguza el oído...

Pequeña posada en el corazón de las Adirondack, a mil leguas de todo. Al entrar en la habitación, un sentimiento extraño: un hombre llega, en el transcurso de un viaje de negocios, sin idea preconcebida, a una posada lejana en un país salvaje. Y el silencio de aquella naturaleza, la sencillez de la habitación, el encontrarse lejos de todo le impulsan a tomar la decisión de quedarse allí definitivamente, de cortar con todos los lazos de lo que fue su existencia y no volver jamás a dar señales de vida a quienquiera que sea.

Nueva Inglaterra y Maine. El país de los lagos y de las casas rojas. Montreal y las dos colinas. Un domingo. Aburrimiento. Aburrimiento. Lo único divertido: los tranvías que recuerdan, por la forma y los colores dorados, a las carrozas de carnaval. Este gran país tranquilo y lento. Uno siente que lo ha ignorado todo de la guerra. Europa, que le llevaba siglos de adelanto en el conocimiento, acaba de acumular algunos más en la conciencia, en tan solo unos pocos años.

Rehacer y recrear la reflexión griega como una rebelión contra lo sagrado. Pero no la rebelión contra lo sagrado propia del romántico —que es ella misma una forma de lo sagrado— sino la rebelión como un modo de poner en su sitio a lo sagrado.

La idea de mesianismo se encuentra en la base de todos los fanatismos. El mesianismo contra el hombre. La reflexión griega no es histórica. Los valores son *preexistentes*. *Contra* el existencialismo *moderno*.

Peste. Tarrou frecuenta a las bailarinas españolas. No ama más que la pasión. Naturalmente, un hombre debe luchar. «Pero si deja de amar, por otra parte, de qué sirve que luche.»

En los periódicos americanos: Un arma más terrible que la bomba atómica: «La peste negra en la Edad Media mató en algunos sitios al 60 por ciento de la población. No se sabe si los sabios americanos han encontrado la manera de propagarla, pero los japoneses no lo consiguieron en China. Habían sembrado la peste negra en el arroz.»

El prodigioso paisaje de Quebec. En la punta del cabo Diamond, ante la inmensa brecha del Saint-Laurent, aire, luz y aguas se confunden en proporciones infinitas. Por primera vez en este continente la impresión real de la belleza y de la verdadera grandeza. Pienso que debería decir algo sobre Quebec y sobre ese

pasado de unos hombres que vinieron a luchar en soledad, empujados por una fuerza que los superaba. Pero ¿para qué? Sé que hay ahora cantidad de cosas que yo lograría, artísticamente hablando. Pero esa palabra ya no tiene sentido para mí. Lo único que quisiera decir he sido incapaz de decirlo hasta ahora y, sin duda, no lo diré jamás.

Escribir una obra sobre la burocracia (tan estúpida en América como en cualquier otro sitio).

Hasta el Ejército de Salvación hace publicidad aquí. Y, en sus anuncios, las mujeres del Ejército tienen las mejillas coloradas y una sonrisa resplandeciente...

El padre de Zaharo.[13] Polaco. Abofetea a un oficial a los quince años. Huye. Llega a París un día de carnaval. Compra confeti con las pocas monedas que tiene y lo vende. Treinta años más tarde, posee una inmensa fortuna y una familia. Iletrado por completo, su hijo le lee cosas al azar. Le lee la *Apología de Sócrates*. «Ya no me leerás nunca otro libro —dice el padre—. Este lo dice todo.» Y, a partir de ese momento, hace que le lean siempre ese libro. Aborrece a los jueces y a la policía.

Manhattan. En ocasiones, por encima de los *skyscrapers*, a través de cientos de miles de altos muros, el grito de un remolcador se introduce en nuestro insomnio durante la noche y nos recuerda que este desierto de hierro y cemento es una isla.

El tipo de Holland Tunnel en Nueva York o el del Sumner Tunnel en Boston. Durante todo el día encaramado sobre una elevada pasarela, cuenta los coches que pasan sin parar con un estruendo ensordecedor, a lo largo del túnel violentamente iluminado y demasiado largo para que él pueda divisar ninguna de las salidas. Es un héroe de novela moderna.

B. como americano superior. Su psicología: la gente del mar ama la montaña y la gente de la montaña ama el mar.

Lluvia sobre Nueva York. Cae incansablemente entre los altos cubos de cemento. Extraño sentimiento de lejanía en el taxi, cuyos limpiaparabrisas, rápidos y monótonos, barren el agua que renace sin cesar. Impresión de estar cogido en la trampa de esta ciudad y de que podría liberarme de los bloques que me rodean y correr durante horas sin encontrar otra cosa que no fuese nuevas prisiones de cemento, sin la esperanza de una colina, de un árbol de verdad o de un rostro descompuesto.

El padre de B., juez del Tribunal Supremo en Hamburgo. Tiene como libro de

cabecera la guía de Chaix alemana, que da las horas de todos los trenes del mundo entero. Se la sabe casi de memoria, y B. cita esta anomalía con una admiración exenta de ironía.

Lluvias de Nueva York. Incesantes, barriéndolo todo. Y, entre la niebla gris, los rascacielos se elevan blanquecinos como los inmensos sepulcros de esta ciudad habitada por los muertos. A través de la lluvia, se ve a los sepulcros vacilar sobre su base.

Terrible sentimiento de abandono. Aunque estrechara contra mí a todos los seres del mundo, no me sentiría protegido de nada.

Peste. A Tarrou: ¿Tiene usted la impresión de que conoce totalmente la vida?

Tarrou: Sí.

Rebelión. Análisis profundo de la época del Terror (Revolución francesa), y de sus relaciones con la burocracia.

Anotar que nuestro tiempo señala el fin de las ideologías. La bomba atómica prohíbe la ideología.

Julien Green se pregunta (*Diario*) si es posible imaginar a un santo que escriba una novela. Por supuesto que no, porque no hay novela sin rebeldía. O bien hay que imaginar una novela que acuse al mundo y al hombre, una novela absolutamente sin amor. Imposible.

En el mar

Se está haciendo largo este viaje de vuelta. Las noches en el mar y ese paso del sol poniente a la luna son los únicos momentos en que siento el corazón un poco sosegado. Siempre he amado el mar. Siempre ha conseguido apaciguarlo todo en mí.

Terrible mediocridad de este ambiente. Hasta ahora, no había sufrido ni una sola vez por la mediocridad que me rodeaba. Hasta el presente. Pero, aquí, esa intimidad va demasiado lejos. Y en todos, al mismo tiempo, ese algo que podría ir lejos si tan solo...

Dos seres jóvenes y bellos han comenzado un idilio en este barco, e inmediatamente una especie de malvado círculo se ha cerrado a su alrededor. ¡Esos primeros tiempos del amor! Me gustan y los apruebo en el fondo de mi corazón, incluso siento una especie de gratitud hacia quienes, en esta cubierta, en

medio del Atlántico brillante de sol, a medio camino de continentes enloquecidos, preservan esas verdades que son la juventud y el amor. Pero por qué no dar su nombre también a esta añoranza que siento en el corazón, a este deseo tumultuoso que me invade por recobrar el corazón impaciente que yo tenía a los veinte años. Pero conozco el remedio, contemplaré durante mucho tiempo el mar.

Tristeza de sentirme aún tan vulnerable. Dentro de veinticinco años, tendré cincuenta y siete. Así que me quedan veinticinco años para hacer mi obra y encontrar lo que busco. Después, la vejez y la muerte. Yo sé lo que es más importante para mí. Y aún encuentro la manera de ceder a las pequeñas tentaciones, de perder tiempo en conversaciones vanas o en callejeos estériles. He dominado dos o tres cosas en mí. Pero qué lejos estoy de esa superioridad que tanto necesito.

Maravillosa noche en el Atlántico. Esa hora que va del sol que desaparece a la luna apenas naciente, del oeste aún luminoso al este ya oscuro. Sí, he amado mucho al mar... esa inmensidad tranquila... esos surcos recubiertos... esos caminos líquidos. Por primera vez, un horizonte a la medida del aliento del hombre, un espacio tan grande como su audacia. Siempre me he visto desgarrado entre mi apetito de los seres, la vanidad de la agitación y el deseo de hacerme igual a esos mares de olvido, a esos silencios desorbitados que son como el encanto de la muerte. Siento inclinación por las vanidades del mundo, por mis semejantes, por los semblantes, pero, al lado del siglo, tengo una regla mía que es el mar y todo lo que en este mundo se le parece. ¡Oh, dulzura de las noches! Cuando todas las estrellas oscilan y se deslizan por encima de los mástiles, y ese silencio en mí, ese silencio por fin que me libera de todo...

América del Sur

De junio a agosto de 1949

30 de junio

En el mar. Día agotador. R. y yo conducimos a toda marcha para llegar a tiempo a Marsella. Desdémona nos lo permite.[14] En Marsella, calor tórrido y un viento que corta la cara. Hasta la naturaleza es enemiga. Cabina individual. Espero la salida, caminando a través de crujías y cubiertas. Sentimiento de bochorno al ver a los pasajeros de cuarta clase durmiendo en el entrepuente, en literas, como en un campo de concentración. Hay pañales sucios tendidos. Hay niños que van a vivir veinte días en ese infierno. Y yo... El barco leva anclas con dos horas de retraso. Cena. A mi mesa, G., profesor de Historia de la Filosofía en la Sorbona, un chico joven que va a reunirse con su familia en Argentina, y Mme C. que va a reunirse con su marido. Esta última es marsellesa, una muchacha alta y morena. Dice todo lo que se le pasa por la cabeza, y a veces resulta divertido. Otras veces... En cualquier caso, está viva. Los demás están muertos, y yo también, después de todo. Al finalizar la cena, G., que ha hecho alusiones al estado de apestado, me presenta a un profesor brasileño y a su mujer como «el autor de *La peste*». ¡No sé qué cara poner! G. en el «salón de música» (donde se podría alojar cómodamente a la mitad de los emigrantes de cuarta clase) nos toca piezas sin importancia en el piano de a bordo, que parece tener fundidas todas sus bielas. Seguidamente, conversación. El profesor brasileño hace el elogio de Salazar. Mme C. mete la pata por dos veces tratando de persuadir a los brasileños de que todos los días hay una revolución en América del Sur. Oigo cosas como: «Era del pueblo, de una extracción muy baja...», más otras perlas semejantes. Me despido y me voy. En la parte de atrás, donde voy a refugiarme, unos emigrantes beben vino en bota y cantan. Me quedo con ellos, desconocido y feliz (durante diez segundos). Y, luego, me voy a mirar el mar. Un cruasán de luna asciende por encima de los mástiles. Hasta perderse de vista, en la noche aún no muy oscura, el mar, y un sentimiento de calma y una poderosa melancolía ascienden entonces de las aguas. El mar siempre lo ha apaciguado todo en mí y esa soledad infinita me sienta bien por un momento, aunque tengo la impresión de que el mar arrastra hoy todas las lágrimas del mundo. Vuelvo a mi cabina para escribir esto, como quisiera hacerlo todas las noches, sin decir nada íntimo, pero sin olvidar ninguno de los sucesos del día. Pendiente de lo que he dejado, angustiado el corazón, quisiera, no obstante, dormir.

1 de julio

Me despierto con fiebre y me quedo en la cama, soñando y amodorrado parte de

la mañana. A las once, me encuentro mejor y salgo. G. en la cubierta. Hablamos de filosofía. Él quiere hacer la filosofía de la historia de la filosofía. Tiene mucha razón. Pero, según él, se siente aún joven y le gusta vivir. Sigue teniendo razón. Almuerzo con mis tres mosqueteros. Mme C. sigue cometiendo pifias preguntándole a G. si es profesor de algún colegio cuando, en realidad, está en la Sorbona. Pero no se da cuenta. Observo la actitud de los hombres hacia ella. La creen frívola porque es alegre. Es un error, naturalmente. Después de comer, leo el relato de las revoluciones brasileñas, Europa no es nada. A las cinco, me pongo a trabajar al sol. El sol aplasta al mar que apenas respira y el barco está cargado de gente silenciosa a proa y a popa. En cambio, el tocadiscos de a bordo aúlla sus cantinelas a los cuatro puntos cardinales. Me presentan a una joven rumana que deja Inglaterra para irse a vivir a Argentina. Una apasionada, ni guapa ni fea, con un ligero bigote. Después, me voy a mi cabina a leer, y luego me visto para cenar. Triste. Bebo vino. Después de la cena, conversación, pero miro al mar e intento una vez más fijar la imagen que estoy buscando desde hace veinte años para describir esos ramajes y dibujos que forma en el mar el agua rechazada por la roda. Cuando la encuentre, todo habrá terminado. En dos ocasiones, la idea del suicidio. La segunda vez, siempre mirando al mar, una horrible quemadura me abrasa las sienes. Creo que ahora comprendo *cómo* se mata uno. Reconversación a mandíbula batiente. Subo a la cubierta superior, en la oscuridad, y acabo mi jornada tras haber tomado decisiones de trabajo, ante el mar, la luna y las estrellas. — Las aguas están apenas iluminadas en la superficie, pero se percibe su oscuridad profunda. ¡La mar está hecha así, y por eso la amo! Llamada de vida e invitación a la muerte.

2 de julio

Se ha instalado la monotonía. Trabajo un poco por la mañana. Sol en la cubierta superior. Antes de la comida, ya me han presentado a todos los pasajeros. No nos ha mimado la suerte en cuanto a mujeres bonitas, pero lo digo sin amargura. Toda la tarde delante de Gibraltar, con el mar de repente en calma, bajo esa enorme roca con laderas de cemento, de aspecto abstracto y hostil. Son los aires del poder. Después, Tánger con dulces casas blancas. A las seis, con el día que termina, el mar sube un poco y, mientras los altavoces de a bordo atruenan con «La Heroica», nos alejamos de las orillas altivas de España y abandonamos Europa definitivamente. No ceso de mirar a esa tierra, con el corazón encogido.

Después de cenar, cine. Un petardo americano de gran calibre, del que ni siquiera puedo tragarme las primeras imágenes. Vuelvo al mar.

3 de julio

Son días sin relieve. Esta mañana, baño en la piscina (el agua me llega al vientre) y ping-pong, gracias al cual desentumezco por fin los músculos. Esta tarde, carrera de caballos (juego de dados), con mi mala suerte habitual. Estamos en el Atlántico y el barco se mueve mucho con la fuerte marejada. He tratado de trabajar, pero sin gran éxito. Finalmente, leo el diario de Vigny, del que me encantan muchas cosas, salvo su lado «cisne estreñido». Y prefiero a cualquier otra cosa esta cabina estrecha y limpia, esta litera dura y esta indigencia. O esta soledad sin nada superfluo o bien la tormenta del amor, no hay otra cosa que me interese en el mundo. ¿Habré olvidado algo? No lo creo. Acabo el día, como de costumbre, delante del mar, suntuoso esta noche bajo la luna, que escribe sobre la lenta oleada unos signos árabes con trazos fosforescentes. El cielo y las aguas son interminables. ¡Qué bien acompañada se siente aquí la tristeza!

4 de julio

Día igual al anterior. Agravado por la somnolencia, como si esta interminable serie de noches de insomnio de pronto se acordase de mí. Me acuesto varias veces en el día y me duermo cada vez, aunque esta noche ha sido buena, sin embargo. Entretanto, trabajo, piscina, sol (a las dos, porque el resto del tiempo es una charca de ranas) y Vigny. Encuentro en él muchas cosas que coinciden con mi estado de ánimo. Y también lo siguiente: «Si en algún caso el suicidio está permitido, es en una de esas situaciones en que el hombre se encuentra de más en medio de una familia, cuando su muerte devolvería la paz a todos aquellos a quienes trastorna su vida». Hay que decir, sin embargo, que, moreno y descansado, bien alimentado y vestido de claro, tengo ahora toda la apariencia de la vida. Podría gustar, me parece. Pero ¿a quién?

Ante el mar, antes de acostarme. Esta vez, la luna ilumina todo un pasillo de mar que, con el movimiento del barco, parece, en el oscuro océano, un río lechoso y abundante que desciende incansablemente hacia nosotros. Yo ya había tratado, durante el día, de anotar algunos aspectos del mar, que escribo aquí:

Mar de la mañana: inmenso vivero de peces — pesado y bullicioso — escamoso — pegajoso — cubierto de babas frescas.

Mar del mediodía: pálido — gran placa de hoja de lata al blanco vivo — chisporroteante también — va a darse la vuelta bruscamente para ofrecer al sol su cara húmeda, ahora en las tinieblas..., etc.

Buenas noches.

5 de julio

Mañana de baño, al sol, luego a trabajar. A mediodía, pasamos el Trópico de Cáncer bajo un sol vertical que mata todas las sombras. No hace, sin embargo, un calor excesivo. Pero el cielo está cargado de una fea bruma y el sol parece enfermo. El mar semeja una enorme hinchazón, con el resplandor metálico de las descomposiciones. Por la tarde, gran acontecimiento: dejamos atrás a un paquebote que hace la misma ruta que nosotros. El saludo que se hacen ambos barcos con tres fuertes gritos de animales prehistóricos, las señas de los pasajeros perdidos en el mar y alertados por la presencia de otros hombres, la separación, finalmente, sobre las aguas verdes y malévolas, todo eso nos encoge un poco el corazón. Después, permanezco durante mucho tiempo delante del mar, lleno de una extraña y buena exaltación. Una vez he acabado de cenar, me voy a proa. Los emigrantes tocan el acordeón y bailan en la noche, el calor parece ya aumentar.

6 de julio

El día se levanta sobre un mar de acero, lleno de cegadoras escamas y agitado. El cielo está blanco de bruma y de calor, con un resplandor apagado pero insostenible, como si el sol se hubiera licuado y derramado desde la densidad de las nubes, sobre toda la extensión de la bóveda celeste. A medida que el día avanza, el calor va creciendo en el aire lívido. A lo largo de todo el día, el estrave desaloja nubes de peces voladores fuera de sus matorrales de olas. A las siete de la tarde, la costa se vislumbra, taciturna y leprosa. Bajamos en Dakar ya de noche. Dos o tres cafés violentamente iluminados con neón, negros altos admirables por su dignidad y elegancia, con sus largos «bubús» blancos, las negras con trajes antiguos de colores vivos, el olor a cacahuetes y a cagarruta, el polvo y el calor. Unas horas tan solo, pero vuelvo a encontrar el olor de mi África, olor a miseria y a abandono, olor virgen y fuerte también, cuya seducción conozco. Cuando regreso al barco, una carta. Por primera vez, me acuesto algo más apaciguado.

7 de julio

Noche de insomnio. Calor. Piscina y luego vuelvo a acostarme en mi cabina. Vigny, que termino. Después de comer, trato de dormir en vano. Trabajo hasta las seis con buenos resultados. Y después subo a la cubierta de paseo y observo a ese extraño personaje que me ha llamado la atención desde el principio del viaje.

Siempre vestido, hasta en el Trópico, con un traje de lana gris oscuro, cuello duro, gorra de viaje, zapatos negros, sesenta años. Bajito, delgado, con el aspecto de un ratón obstinado. Solo a la mesa, su hamaca siempre en el mismo sitio en la cubierta, no lee más que *Les Nouvelles littéraires*, de las que parece poseer toda una colección inagotable, y que lee desde el primero hasta el último renglón. Fuma un puro tras otro y no le dirige la palabra a nadie. La única conversación que le he oído fue para preguntarle a un marinero si las marsopas eran gordas o delgadas. A veces bebe (pastís) con un joven suizo alemán que no habla francés. Él no habla alemán. Así que aquello parece una conversación de sordomudos. Esta tarde en que lo sigo con la mirada mientras da cuatro vueltas a la cubierta, me fijo que no ha mirado ni una sola vez el mar. Nadie, a bordo, sabe su profesión.

Antes de cenar, miro cómo se pone el sol. Pero es absorbido por la bruma mucho antes que el horizonte. En esos momentos, el mar está de color rosa a babor, azul a estribor. Nos movemos por una extensión sin límites. No veremos tierra antes de llegar a Río. El atardecer se vuelve de pronto maravilloso. El agua, densa, se empaña un poco. El cielo se relaja. Y, en la hora de mayor sosiego, centenares de marsopas surgen de las aguas, caracolean un momento y huyen hacia el horizonte sin hombres. Una vez que se han ido, reina el silencio y la angustia de los mares primitivos. Después de cenar, vuelvo al mar, en la proa del barco. Está suntuoso, pesado y bordado. El viento me azota brutalmente la cara, llegando de frente, tras haber recorrido unos espacios cuya extensión ni siquiera imagino. Me siento solo y algo perdido, encantado por fin y sintiendo que me renacen las fuerzas poco a poco ante ese porvenir desconocido y esa grandeza que amo.

8 de julio

Noche de insomnio. Durante todo el día, paseo con la cabeza hueca y el corazón vacío. El mar está alborotado; el cielo, encapotado. Las cubiertas están desiertas. Por lo demás, desde Dakar, ya no quedamos más que unos veinte pasajeros. Hoy estoy demasiado cansado para describir el mar.

9 de julio

Mejor noche. Por la mañana, me paseo por las grandes cubiertas vacías. Los alisios que ahora encontramos han refrescado la temperatura. Un viento corto y recio cepilla vigorosamente el mar que se revuelve en olitas sin espuma.

Un poco de trabajo, mucho vaguear. Me percato de que no estoy apuntando

las conversaciones con los pasajeros. Algunas, sin embargo, son interesantes, con Delamain, el editor y su mujer. He leído una encantadora novela de este sobre la fidelidad. Volveré sobre ella. Pero ocurre también que mi interés, en estos momentos, no va dirigido a los seres sino al mar, y a esa profunda tristeza que hay en mí y a la que no estoy acostumbrado.

A las seis, al ponerse el sol como todas las tardes, discos de buena música. Y de pronto, la *Toccata*, en el momento en que el sol desaparece por detrás de las nubes acumuladas sobre la línea misma del horizonte. En el cielo de ópera, inmensos regueros rojos, pelusas negras, frágiles arquitecturas que parecen hechas de alambre y de plumas, se disponen en una amplia ordenación roja, verde y negra, cubriendo todo el cielo, evolucionando entre las luces más diversas, según la más majestuosa coreografía. La *Toccata*, con este mar dormido, bajo los festejos de este real cielo... el momento es inolvidable. Hasta el punto de que el barco entero enmudece, los pasajeros se apiñan sobre las cubiertas, al borde occidental, devueltos al silencio y a lo más auténtico que hay dentro de ellos, escapando por un instante de la miseria de los días y del dolor de existir.

10 de julio

Cruzamos la línea del Ecuador por la mañana, con un tiempo de Seine-et-Oise —fresco y algo agrio—, con el cielo aborregado y el mar un poco encrespado. Al haberse suprimido la ceremonia del paso del Ecuador por falta de pasajeros, sustituimos esos ritos por algunos juegos de agua en la piscina. Y, después, un momento con los emigrantes que tocan el acordeón y cantan en la parte delantera del navío, vueltos hacia el mar desierto. Me fijo una vez más en uno de ellos: una mujer ya canosa, pero de una elegancia soberbia, un hermoso rostro orgulloso y dulce, manos y tobillos como juncos y un porte sin igual. Va siempre con su marido, hombre alto y rubio, taciturno. Después de haberme informado, sé que huye de Polonia y de los rusos, y marcha al exilio en América del Sur. Es pobre. Pero, al mirarla, pienso en las maritornes bien vestidas que ocupan algunas de las cabinas de primera clase. Aún no me he atrevido a dirigirle la palabra.

Día tranquilo. Salvo cena de fiesta con champán por el paso del Ecuador. Si hay más de cuatro personas, la sociedad me resulta dura de soportar. Una historia de Mme C.: «Su abuela: “¡Oh, yo, sabe usted, en la vida no he hecho

más que rozar superficialmente todas las cosas!”. Su abuelo: “¡Vamos, querida, no diga eso! ¡Me ha dado usted dos hijos, sin embargo!”».

Después de cenar, premian a los pasajeros con un Laurel y Hardy. Pero yo me escapo a la parte delantera, para contemplar la luna y la Cruz del Sur hacia la que navegamos sin detenernos. Sorprendido de ver tan pocas estrellas, y casi anémicas, en este cielo austral. Recuerdo nuestras noches de Argelia, en que abundaban como hormigas.

Permanezco un buen rato delante del mar. A pesar de todos mis esfuerzos y razonamientos, me es imposible sacudirme esta tristeza que ya ni siquiera comprendo.

11 de julio

Amanece, en medio de brumas opacas, bajo una lluvia torrencial. Trombas de agua lavan los puentes con abundancia, pero la temperatura permanece sofocante y muerta. A mediodía, el cielo aclara, pero el mar sigue enfadado, el barco cabecea y se mueve. Unas cuantas ausencias en el comedor. He trabajado. Mal. Al acercarse la noche, el cielo va cargándose poco a poco de nubes otra vez, se hace más denso a cada minuto. Cae la noche, muy rápida, sobre un mar de color negro de tinta.

12 de julio

Lluvia, viento, mar furioso. Gente que se marea. El barco avanza, rodeado por el humo de las brumas. He dormido y trabajado. Al final de la tarde, el sol hace su aparición. Estamos ya en la latitud de Pernambuco y navegamos hacia la costa. Por la noche el cielo vuelve a cubrirse. Nubes trágicas vienen del continente a nuestro encuentro, mensajeras de una tierra pavorosa. Es la idea que se me ocurre de repente y despierta el presentimiento absurdo que tuve antes de emprender este viaje. Pero el sol lo disipará todo.

13 de julio

Un sol radiante inunda sin parar los espacios del mar. Y el barco entero está bañado en una luz deslumbradora. Piscina, sol. Y trabajo durante toda la tarde. La noche es fresca y suave. Llegaremos dentro de dos días. De pronto, la idea de dejar este barco, esta cabina estrecha donde he podido resguardar durante muchos días un corazón desengañado de todo, de dejar este mar que tanto me ha ayudado, me asusta un poco. Volver a vivir, a hablar. Personas, semblantes, un papel que desempeñar, me haría falta más valor del que siento que tengo.

Afortunadamente, me encuentro en plena forma física. No obstante, hay momentos en que quisiera evitar la faz humana.

Tarde en la noche, en el barco dormido, contemplo la noche. La curiosa luna austral, aplastada en su cumbre, ilumina las aguas en dirección al Sur. Imaginamos esos miles de kilómetros, esas soledades donde las aguas densas y brillantes forman como una gleba aceitosa. Esto, al menos, sería la paz.

14 de julio

Buen tiempo perpetuo. Termino mi trabajo, al menos el que he podido llevar a cabo en el barco, renunciando a lo demás. Por la tarde, a unos centenares de metros en las aguas, un enorme bicho negro sube a la superficie, cabalga sobre unas cuantas olas y lanza dos chorros de polvo de agua. El camarero que está cerca de mí me asegura que se trata de una ballena. Y sin duda el tamaño, la terrible fuerza en su forma de nadar, el aspecto de animal solitario... pero permanezco escéptico. Por la tarde, correo y maletas. Por la noche, recepción del comandante y cena para celebrar el 14 de julio. Por primera vez, puesta de sol sin bruma. El sol, a derecha y a izquierda, está rodeado por las primeras estribaciones de Brasil, negras y recortadas. Bailamos, firmamos en los menús, intercambiamos tarjetas y prometemos todos que volveremos a vernos, «a fe de animal». Mañana, todo el mundo se habrá olvidado de todo el mundo. Me acuesto tarde, cansado y tratando de razonarme para abordar ese país con el espíritu más sosegado.

15 de julio

A las cuatro de la madrugada, me despierta un zafarrancho sobre la cubierta superior. Salgo. Todavía es de noche. Pero la costa está muy cerca: unas grupas negras y regulares, muy recortadas, aunque los recortes son redondeados, viejos perfiles de una de las tierras más viejas del globo. A lo lejos, luces. Bordeamos la costa mientras la noche aclara, el agua apenas se estremece, viramos ampliamente y las luces se encuentran ahora frente a nosotros, pero lejanas. Vuelvo a mi cabina. Cuando subo, estamos ya en la bahía, inmensa, un poco humeante en el amanecer, con unas condensaciones repentinas de luz que son las islas. La niebla desaparece rápidamente. Y divisamos las luces de Río corriendo a lo largo de la costa, el Pan de Azúcar con cuatro luces en la cúspide y, en la cumbre más alta de las montañas que parecen aplastar la ciudad, un inmenso y lamentable Cristo luminoso. A medida que nace la luz, se ve mejor la ciudad, encerrada entre el mar y las montañas, extendida a lo largo, estirada

interminablemente. En el centro, enormes rascacielos. A cada minuto, un estruendo por encima de nosotros: despega un avión en el amanecer, confundiéndose primero con la tierra, luego elevándose en nuestra dirección y pasando por encima de nuestras cabezas con un gran ruido de élitros. Estamos en medio de la ensenada y las montañas forman a nuestro alrededor un círculo casi perfecto. Por fin, una luz más sanguínea anuncia la salida del sol, que surge detrás de las montañas del este, frente a la ciudad, y empieza a subir en el cielo pálido y fresco. La riqueza y suntuosidad de los colores que entonces juegan sobre la bahía, las montañas y el cielo hacen que todo el mundo calle una vez más. Un minuto después, los colores parecen los mismos, pero es como una tarjeta postal. A la naturaleza le horrorizan los milagros demasiado largos.

Formalidades. Después, bajamos del barco. Inmediatamente llega el torbellino que yo temía. Unos periodistas habían subido ya a bordo. Preguntas, fotos. Ni peor ni mejor que en otra parte. Pero, nada más llegar a Río, me reciben Mme M. y un periodista brasileño alto, a quien conocí en París, muy simpático, y el calvario comienza. En la confusión de un primer día, apunto al azar:

1.º Me dan a elegir entre una habitación en la residencia de la embajada, que está desierta, y un hotel de lujo como los hay en todas partes. Huyo de la sucia cara del Palace y me felicito por encontrar la más sencilla y encantadora de las habitaciones, en una residencia absolutamente vacía.

2.º Los automovilistas brasileños son unos locos alegres o unos fríos sádicos. La confusión y la anarquía de esta circulación solo se ven compensadas por una ley: llega el primero, cueste lo que cueste.

3.º El contraste más chocante es el que nos ofrece la ostentación de los hoteles lujosos y edificios de pisos modernos con las favelas, que a veces se encuentran a tan solo cien metros del lujo, una suerte de chabolas colgadas en las laderas de las colinas, sin agua ni luz, donde vive una población miserable, negra y blanca. Las mujeres van a buscar el agua al pie de las colinas, donde hacen cola, y transportan sus provisiones en unos bidones de hoja de lata que llevan encima de la cabeza como las mujeres cabilas. Mientras esperan, ante ellas pasan, en fila ininterrumpida, los bichos niquelados y silenciosos de la industria automovilística americana. Jamás lujo y miseria me parecieron tan insolentemente mezclados. Bien es verdad que, según uno de mis compañeros, «se divierten mucho, al menos». Pesar y cinismo. Solo B. es generoso. Me

llevará a las favelas que conoce bien: «He sido reportero criminal y comunista —dice—. Dos buenas condiciones para conocer los barrios de la miseria».

4.º Las personas. Almuerzo con Mme M., B., y una especie de notario flaco, culto e ingenioso, de quien solo recuerdo el nombre de pila —es fácil recordarlo, se llama Annibal— en un Country Club (un nombre muy acertado): tenis, césped, jóvenes. Annibal tiene seis hijas, todas bonitas. Dice que la mezcla de la religión y del amor es muy interesante en Brasil. A un literato brasileño que había traducido a Baudelaire, le puso un telegrama en los siguientes términos: «Ruego me retraduzcan inmediatamente al francés. Firmado: Baudelaire». Se parece mucho a esos españoles muy finos que encontramos en provincias.

5.º Uno de los tres o cuatro barcos de guerra brasileños que me han mostrado y que me parece ya algo viejo se llama *Terror do Mondo*. Ha pasado por varias revoluciones.

6.º Las personas. Después de comer, recepción en casa de Mme M. Bonito apartamento sobre la bahía. La tarde es suave sobre las aguas. Más gente, pero he olvidado sus nombres. Un traductor de Molière de quien un buen colega me dice que ha añadido un acto a *El enfermo imaginario*, que no era lo bastante largo para representar un espectáculo. Un filósofo polaco de quien el cielo, si es generoso, me librará. Un joven biólogo francés destinado aquí en misión, furiosamente simpático. Sobre todo, jóvenes de una compañía negra que quieren montar *Calígula* y a quienes prometo ayudar en su trabajo. Luego me aíslo con uno de ellos que habla español y, con mi espantoso español, nos ponemos de acuerdo para ir a un baile de negros el domingo. Está encantado de esta broma que le gastamos a los oficiales y me repite: «Segreto. Segreto».

7.º Cuando creo que todo ha terminado, Mme M. me anuncia que ceno con un poeta brasileño. No digo nada, prometiéndome cortar con todo lo que no sea indispensable a partir de mañana. Y me resigno. Pero no me esperaba la prueba que venía a continuación. Llega el poeta, enorme, indolente, con los ojos entornados y la boca caída. De cuando en cuando, inquietudes, una brusca agitación, luego se arrellana en su sillón y jadea un poco. Se levanta, piruetea, vuelve a su sillón. Habla de Bernanos, Mauriac, Brisson, Halévy. Conoce a todo el mundo, al parecer. Han sido malos con él. No hace política franco-brasileña, pero ha creado, con unos franceses, una fábrica de abonos. Además, no lo han condecorado. Han condecorado a todos los enemigos de Francia en este país, pero no a él, etc., etc.

Permanece soñador un momento, sufre visiblemente de no se sabe qué y deja por fin la palabra al señorito,[15] que se apodera de la misma glotonamente. Porque hay un señorito, parecido a los que paseaban a unos perros de patas altas por la calle Mayor de Palma de Mallorca antes de asistir, como entendidos, a las ejecuciones del 36. Este opina tajantemente sobre todo, debo ver esto, hacer aquello, Brasil es un país donde no se hace más que trabajar, no hay viciosos, además no queda tiempo, se trabaja, se trabaja, y Bernanos le decía, y Bernanos creó en este país un estilo de vida, ah, queremos tanto a Francia...

Asustado ante la perspectiva de este torneo, movilizo al joven biólogo para que venga a cenar con nosotros. En el coche, pido que no me lleven a un restaurante de lujo. Y el poeta emerge de sus ciento cincuenta kilos y me dice levantando un dedo: «No hay lujo en Brasil. Somos pobres, miserables», dándole unos afectuosos golpecitos al chófer lleno de galones que conduce su enorme Chrysler. Una vez dicho esto, el poeta suspira dolorosamente y vuelve a su nicho de carne, donde se pone distraídamente a rumiar alguno de sus complejos. El señorito nos muestra Río, que está a la misma latitud que Madagascar y que es mucho más bello que Antananarivo. «Todos somos trabajadores», repite, arrellanado en su cojín. Pero el poeta manda parar el coche delante de una farmacia, se extrae penosamente de su sitio y nos pide que tengamos un poco de paciencia, porque va a ponerse una inyección. Esperamos, y el señorito comenta: «El pobre, tiene azúcar». Letarget se informa cortésmente: «¿Y eso va a más?». ¡Pues sí! «Va a más.» El poeta regresa, quejumbroso, y se deja caer sobre su pobre cojín, en su miserable coche. Aterrizamos en un restaurante, cerca del mercado —donde no se come más que pescado—, en una sala cuadrangular de techos muy altos, tan brutalmente iluminada con luz de neón que parecemos peces pálidos moviéndose dentro de un agua irreal. El señorito quiere ordenar mi menú. Pero estoy agotado, y quisiera comer algo ligero y rechazo todo lo que me ofrece. Sirven al poeta en primer lugar, que empieza a comer sin esperarnos, con sus gruesos dedos cortos que a veces sustituyen al tenedor. Habla de Michaux, Supervielle, Béguin, etc., y se interrumpe de cuando en cuando para escupir desde lo alto, en su plato, espinas y pedacitos de su pescado. Es la primera vez que veo hacer esta operación sin inclinar el cuerpo. Maravillosamente hábil, en cualquier caso, solo una vez lo echa fuera del plato. Pero nos sirven, y yo me doy cuenta de que el señorito ha pedido para mí gambas fritas, que yo rechazo explicándole, con lo que creo ser amable animación, que ya conozco ese plato, común en Argelia. Con esto, el señorito se enfada y se pone todo colorado. Tratan de complacerme, eso es todo. Humildemente, por lo demás,

humildemente. No hay que buscar en Brasil lo que tengo en Francia, etc., etc. Debido al cansancio, una cólera estúpida me invade y empiezo ya a retirar mi silla para marcharme. Una gentil intervención de Letarget y también la simpatía que, pese a todo, siento por ese curioso personaje que es el poeta, me retienen y hago un gran esfuerzo por calmarme. «Ah —dice el poeta chupándose los dedos —, hace falta mucha paciencia en Brasil, mucha paciencia.» Digo únicamente, y por toda venganza, que me parecía haberla tenido hasta el momento. Sobre esto, el señorito se calma tan aprisa y sin razón como antes se había puesto nervioso y, por espíritu de compensación, me abruma de cumplidos que me dejan mudo. Todo Brasil me está esperando enfebrecido. Mi llegada a este país es la cosa más importante que ha ocurrido desde hace muchos años. Soy tan célebre como Proust... Ya no hay quien lo detenga. Pero concluye: «Por eso tiene usted que ser paciente con Brasil. Brasil necesita de su paciencia. Paciencia, eso es lo que hace falta en Brasil...». Y así sucesivamente. A pesar de todo, el resto de la cena transcurre tranquilamente, aunque el poeta y el señorito no cesan de hablar entre ellos aparte en portugués, y creo comprender que se quejan un poco de mí. Por lo demás, estos groseros modales resultan tan naturales en ellos que llegan a ser amables. Al salir del restaurante, el poeta declara que necesita un café y que después nos llevará a casa. Vamos a su club, que copia a los clubs ingleses y en donde me resigno a beber un «verdadero coñac» que no me apetecía nada. El señorito aprovecha para explicarnos las dificultades administrativas de *Le Figaro*, que yo conozco muy bien, pero de las cuales nos hace perentoriamente una descripción falsa por completo. Pero Chamfort tiene razón: cuando queremos gustar en sociedad, debemos resignarnos y permitir que nos cuenten muchas cosas que ya sabemos unas personas que las ignoran. No obstante, doy la señal de partida, no sin que el señorito diga en tono triunfal señalando al poeta, completamente recostado en su sillón, con el brazo a modo de periscopio sosteniendo un monstruoso puro: «S. es el mayor poeta de Brasil». A lo que el poeta, agitando débilmente el periscopio, responde con voz doliente: «No hay mayor poeta en Brasil». Creo haber terminado con aquello cuando, en el vestíbulo, el poeta, recobrando de pronto su energía, me aprieta con violencia el brazo y me dice: «No se mueva. Observe con los ojos bien abiertos. Le voy a enseñar a un personaje de una de sus novelas». Vislumbramos sobre la acera a un hombrecillo delgado, con sombrero de fieltro puesto de cualquier manera y cara de aburrido. El poeta se precipita sobre él, lo digiere en un largo abrazo brasileño, y me dice: «He aquí a un hombre. Es diputado del interior. Pero es todo un hombre». El otro responde que Federico es de una bondad excesiva. El

señorito entra en el juego. Nuevos abrazos, de igual a igual esta vez, ya que el señorito es peso pluma. Y el señorito le desabrocha la chaqueta al diputado y dice: «Mire usted». El diputado lleva un revólver dentro de una hermosa funda. Nos despedimos... «Ha matado a unos cuarenta hombres», dice el poeta lleno de admiración. «¿Y por qué?» «Enemigos.» ¡Ah! «Sí, mataba a uno, se cubría con su cuerpo y mataba a los demás.» «Está autorizado a llevar armas», dice Letarget sin inmutarse. «Él sí puede, porque es diputado.» Y mirándome a mí: «¿No es verdad que es un personaje para usted?». «Sí», le contesto. Pero se equivoca: el personaje es él.

16 de julio

Me levanto temprano. Trabajo. Paso mis notas a limpio. Conversación con el camarero que me sirve. Es de Niza, quiere ir a América del Norte porque los G. I. le parecen simpáticos. Como no ha podido conseguir un visado de inmigración, ha venido a Brasil pensando que aquí sería más fácil obtener el visado necesario. No es más fácil. Le pregunto qué quiere hacer en Estados Unidos. Vacila entre el boxeo y la canción. De momento, se entrena para el boxeo. El lunes iré con él a la sala de entrenamiento.

Almuerzo con Barleto en casa de una novelista y traductora brasileña. Casa encantadora colgada de una colina. Hay gente, naturalmente, entre otros un novelista que ha escrito, al parecer, los *Buddenbrook* brasileños, pero que presenta un curioso caso de cultura incompleta. De creer a B., se le oye decir «autores ingleses como Shakespeare, Byron o David Copperfield». Ha leído mucho, sin embargo. Como a mí me da igual que tome a David por Charles, me fijo más bien en que tiene una hermosa cabeza. Para comer, un alcuzcuz brasileño, pero se trata de un pastel de pescado. Los invitados exclaman cuando les pido que me lleven a un partido de fútbol y llegan literalmente al delirio cuando se enteran de que he tenido una larga carrera de futbolista. He tropezado sin querer con su principal pasión. Pero la dueña de la casa traduce a Proust y la cultura francesa de todos ellos es, de verdad, profunda. Seguidamente, le propongo a B. que dé un paseo conmigo por la ciudad.

Las callejuelas de circulación prohibida, alegremente alumbradas por enseñas multicolores, y que son remansos de paz, se hallan cerca de las grandes arterias de circulación estruendosa. Como si entre la Concorde, la Madeleine y la avenue de l’Opéra, la rue Saint-Honoré estuviera prohibida a los coches. El mercado de flores. Un pequeño bar donde se toman los «cafelitos» sentados en unas sillas

minúsculas. Casas moriscas junto a rascacielos. Barleto me hace tomar después un tranvía pequeño con «jardinera» que trepa por una cuesta abrupta hasta las colinas de la ciudad. Llegamos a un barrio a la vez pobre y lujoso que domina la ciudad. En la tarde que se acaba, la ciudad se extiende hasta el horizonte. Una multitud de anuncios multicolores humean por encima de ella. En el cielo suave se destacan perfiles de colinas terminados por el chorro de altas palmeras. Hay en este cielo una ternura y una nostalgia apenas salvaje. Bajamos a pie por escaleras y callejuelas en cuesta para acabar en la misma ciudad. En la primera auténtica calle que nos acoge, un templo positivista. Aquí se rinde culto a Clotilde de Vaux,[16] y es en Brasil donde Auguste Comte sobrevive en lo más desconcertante que ha dejado. Un poco más lejos, una iglesia gótica de hormigón armado. El templo es griego. Pero, como faltó el dinero, las columnas se han quedado sin capiteles. Pequeño bistró donde charlamos con B. N. Hombre encantador y a veces profundo («a fuerza de ponerse al sol y de tostarse la piel, hay una inocencia que se pierde»), que vive muy dignamente, me parece, el drama de la época. Lo dejo para ir a reunirme con Abdias, el actor negro, en casa de Mme Mineur de donde saldremos para ir a presenciar una macumba.

Una macumba en Brasil

Cuando llego a casa de Mme M., reina la inquietud. El padre de los santos (sacerdote y primer bailarín) que debía organizar la macumba ha consultado al santo del día, que no le ha dado su autorización. Abdias, el actor negro, piensa que, sobre todo, no le ha prometido el suficiente dinero para obligar la buena voluntad del santo. En su opinión, debemos intentar, no obstante, una expedición a Caxias, pueblo del extrarradio a cuarenta kilómetros de Río, y buscar al azar una macumba. Durante la cena, les pido que me expliquen cómo son las macumbas. Son unas ceremonias cuyo propósito parece constante: obtener que el dios se introduzca dentro de uno mediante cantos y bailes. El objetivo es llegar al trance. Lo que distingue a la macumba de otras ceremonias es la mezcla de religión católica y ritos africanos. En cuanto a dioses y santos, tienen a Eshu, espíritu del mal y dios africano, pero también a Ogun, que es nuestro san Jorge. También están los santos Cosme y Damián, etc., etc. El culto a los santos se integra aquí con los ritos de posesión. Cada día tiene su santo, al que no se festeja otro día, salvo autorización especial del principal «padre de los santos». El padre de los santos tiene sus hijas (y sus hijos, supongo), y es el encargado de verificar el trance de estos últimos.

Provistos de estas informaciones elementales, partimos. Cuarenta kilómetros

envueltos en una especie de niebla. Son las diez de la noche. Caxias, que me recuerda a un pueblo-exposición hecho de estands. Nos detenemos en la plaza del pueblo donde ya se encuentran unos veinte coches y mucha más gente de lo que pensábamos. Apenas nos hemos parado cuando un joven mulato se precipita hacia mí y me ofrece una botella de aguardiente preguntándome si he traído a Tarrou conmigo. Ríe a mandíbula batiente, bromea, me presenta a unos amigos. Es poeta. Por fin me informan de que en Río se ha sabido que iban a montar para mí una macumba (me habían recomendado, sin embargo, que guardara el secreto, cosa que yo había hecho inocentemente) y mucha gente ha querido aprovechar la ocasión. Abdias indaga, pero ya no se mueve. Permanecemos allí, hablando en medio de la plaza. Aparentemente, ya nadie se ocupa de nada y todos sueñan con las estrellas. De repente: precipitación general. Abdias me dice que hay que ir a la montaña. Nos subimos al coche, circulamos durante unos cuantos kilómetros por una carretera desfondada y, sin razón aparente, nos paramos de pronto. Esperamos sin que nadie parezca ocuparse de nada. Luego volvemos a emprender el camino. El coche, de repente, vira unos cuarenta y cinco grados y se introduce por un sendero de montaña. Trepa, renquea y luego se para: el repecho es demasiado abrupto. Bajamos y caminamos. La colina es rasa, la vegetación, escasa, pero nos hallamos en pleno cielo, entre las estrellas, al parecer. El aire huele a humo. Tan pesado es que tenemos la impresión de tocarlo con la frente. Llegados a la cumbre de la colina, oímos tambores y cantos bastante lejanos, pero que cesan casi inmediatamente. Caminamos en dirección a los mismos. Ni árboles, ni casas, aquello es un desierto. Pero, en un hueco, vislumbramos una especie de cobertizo bastante espacioso, sin paredes, de armazón visible. Han tendido unas guirnaldas de papel por todo el cobertizo. Distingo súbitamente una fila de muchachas negras que suben hacia nosotros. Van vestidas con trajes blancos de seda tosca, con la cintura caída sobre las caderas. Un hombre vestido con una especie de casaca roja, con collares de dientes multicolores, viene detrás de ellas. Abdias lo para y me presenta. La acogida es seria y amistosa. Pero hay una complicación. Van a unirse a otra macumba a veinte minutos de marcha y tendremos que ir con ellos. Partimos. Me da tiempo a ver, en una encrucijada, una vela encendida clavada en pleno suelo, y unos nichos con estatuas de santos o del diablo (muy toscas, por lo demás, y de estilo sansulpiciano) que están arrinconados delante de una vela y un cuenco de agua. Me enseñan a Eshu, rojo y salvaje, con un cuchillo en la mano. El sendero que tomamos serpentea a través de las colinas bajo el cielo estrellado. Los bailarines y bailarinas nos preceden, riendo y bromeando.

Bajamos otra colina, cruzamos la carretera por la que hemos venido y volvemos a subir otra colina. Cabinas de ramajes y tierra de greda, llenas de sombras susurrantes. Después, la parte primera de la procesión se inmoviliza ante un terraplén elevado y rodeado de una pared de juncos. Dentro, se oyen tambores y cantos. Cuando estamos todos reunidos, las primeras mujeres escalan el terraplén y cruzan, caminando hacia atrás, la puerta de juncos. Luego los hombres. Entramos en un patio lleno de desperdicios. De una casita de paja y adobe, frente a nosotros, se escapan unos cánticos. Entramos. Es una cabaña muy tosca que, sin embargo, tiene las paredes enlucidas con cal. Un mástil central sostiene el techo, el suelo es de tierra batida. Un pequeño cobertizo que hay al fondo pone a cubierto un altar rematado por un cromo que representa a san Jorge. Otros cromos parecidos adornan las paredes. En un rincón, sobre un pequeño estrado adornado con hojas de palmera, unos músicos: dos tambores bajos y un tambor largo. Había unos cuarenta bailarines y bailarinas cuando hemos llegado. Somos otros tantos y apenas podemos respirar, apretados unos contra otros. Yo me pego a un tabique y miro. Los bailarines y bailarinas se disponen en dos círculos concéntricos, los hombres en el interior. Los dos padres de los santos (el que nos recibe va vestido, como los bailarines, con una especie de pijama blanco) se colocan el uno frente al otro en medio de los círculos. Cantan, alternativamente, las primeras notas de una canción que todos repiten al momento, mientras los corros dan vueltas en el sentido de las agujas de un reloj. El baile es sencillo; un pataleo sobre el que se implanta la doble ondulación de la rumba. En cuanto a los «padres», estos indican apenas el ritmo. Mi traductor de portugués me explica que aquellos cantos piden al santo que autorice a los recién llegados a quedarse en aquellos lugares. Entre los cantos, las pausas son bastante largas. Cerca del altar, una mujer, que también está cantando, agita una campanilla de manera casi ininterrumpida. El baile está lejos de ser frenético. De estilo mediocre, es pesado y muy acentuado. Con el calor, que sigue aumentando, las pausas se hacen difícilmente soportables. Observo que:

1) los bailarines no dan señales ni del más leve sudor;

2) a un blanco y dos blancas que bailan, por lo demás, peor que los otros.

En un momento dado, uno de los bailarines se adelanta y me habla. Mi traductor me dice que me están pidiendo que no cruce los brazos, porque esa postura impide al espíritu bajar entre nosotros. Dócil, permanezco con los brazos colgando. Poco a poco, disminuyen las pausas entre los cantos y el baile se

acelera. Traen una vela encendida que ponen en el suelo, en el centro, junto a un vaso de agua. Los cantos invocan a san Jorge.

Él llega con la luz de la luna

Él se va con la luz del sol.

y también:

Soy el campo de batalla del dios.

En efecto, uno o dos de los danzarines parecen ya entrar en trance pero, y perdóneseme la expresión, en un trance tranquilo: con las manos en los riñones, el paso rígido, los ojos fijos y átonos. El «padre» rojo vierte el agua alrededor de la vela formando dos círculos concéntricos y las danzas se reanudan casi sin interrupción. De cuando en cuando, un bailarín o una bailarina abandonan su círculo para ponerse a bailar en el interior, muy cerca de los círculos de agua, pero sin cruzarlos nunca. Aceleran su ritmo, sufren convulsiones y empiezan a proferir unos gritos inarticulados. Asciende el polvo del suelo, sofocante, espesando el aire que ya se pega a la piel. Cada vez más numerosos, los bailarines van abandonando el corro para bailar alrededor de los padres que bailan también, de manera más rápida (el padre blanco, admirablemente). Los tambores atruenan ahora y, súbitamente, el padre rojo se desenfrena. Con los ojos encendidos, los cuatro miembros girando alrededor del cuerpo, cae alternativamente, con las rodillas dobladas, sobre cada pierna, y acelera su ritmo hasta el final de la danza en que se para, para mirar a todos los asistentes con una mirada fija y terrible. En ese momento, un bailarín surge de un rincón oscuro, se arrodilla y le tiende una espada con su funda. El padre rojo desenvaina la espada y la hace girar en torno a él con aire amenazador. Le traen un enorme cigarro puro. Todos, poco a poco, encienden cigarros y los fuman mientras bailan. El baile vuelve a empezar. Uno tras otro, los asistentes acuden a tumbarse delante del padre, con la cabeza entre sus pies. Él los golpea en cada hombro, en diagonal, con la hoja de la espada, los levanta, toca su hombro izquierdo con su hombro derecho e inversamente; los empuja entonces con violencia hacia el corro, movimiento que, dos veces de cada tres, desencadena la crisis, diferente según los bailarines: un negro gordo, con sus pies bien asentados en el suelo, mirando el mástil central con expresión vacía, solo experimenta un estremecimiento en la nuca que se repite incansablemente. Tiene el aspecto de un boxeador *knock down*. Una blanca gorda, con rostro animal, ladra sin cesar moviendo la cabeza de derecha a izquierda. Pero unas jóvenes negras entran en

el más horrible trance, con los pies pegados al suelo y todo el cuerpo recorrido por sobresaltos cada vez más violentos, a medida que van subiendo hacia los hombros. La cabeza se agita de adelante atrás, literalmente decapitada. Todos gritan y aúllan. Luego las mujeres empiezan a caerse. Las levantan, les aprietan la frente y ellas empiezan de nuevo hasta que vuelven a caer. La cumbre se alcanza en el momento en que todos gritan, con extraños sonidos roncos que recuerdan al ladrido. Me dicen que seguirán haciendo lo mismo hasta el alba. Son las dos de la madrugada. El calor, el polvo y el humo de los cigarros puros y el olor humano hacen el aire irrespirable. Salgo de allí, mareado yo también, y por fin respiro con delicia el aire fresco. Me gustan la noche y el cielo más que los dioses de los hombres.

17 de julio

Trabajo por la mañana. Almuerzo con G. y dos profesores brasileños. Tres profesores en total, pero amables. Luego se nos une Lucien Febvre,[17] hombre viejo bastante taciturno, y salimos en coche para recorrer las montañas que rodean a Río. Los jardines de Tijuca, la capilla Meyrink, el Corcovado, la bahía de Río cien veces contemplada bajo los aspectos más diferentes. Y las inmensas playas del Sur, de arena blanca y olas color esmeralda que se extienden, desiertas, durante miles de kilómetros hasta Uruguay. La selva tropical y sus tres pisos. Brasil es una tierra sin hombres. Todo lo que aquí se ha creado lo ha sido al precio de unos esfuerzos desmesurados. La naturaleza ahoga al hombre. «¿Basta el espacio para crear la cultura?», me pregunta el buen profesor brasileño. Es una pregunta que no tiene sentido. Pero estos espacios son los únicos que están a la medida de los progresos técnicos. Cuanto más deprisa va el avión, menos importancia adquieren Francia, España o Italia. Eran naciones y ahora son provincias, y mañana serán pueblos del mundo. El porvenir no está en nuestra tierra y nada podemos contra ese movimiento irresistible. Alemania perdió la guerra porque era una nación y la guerra moderna requiere los medios propios de los imperios. Mañana, harán falta los medios de los continentes. Y he aquí a los dos grandes imperios en pos de la conquista de su continente. ¿Qué se puede hacer? La única esperanza es que nazca una nueva cultura y que América del Sur ayude tal vez a moderar la estupidez mecánica. Esto es lo que le digo, aunque mal, a mi profesor, mientras dejamos que la arena se escape de nuestras manos, ante un mar silbador. Regreso, tras haber cogido frío en el coche y también bajo el Cristo del Corcovado, para esperar en mi cuarto la llegada del fiel Abdias, que me va a llevar a bailar la samba después de cenar. Velada

decepcionante. En un arrabal a las afueras, una suerte de *dancing* popular iluminado, naturalmente, con neón. Casi todos son negros, pero aquí eso significa una gran variedad de coloraciones. Sorprendido de ver lo lentamente que bailan estos negros, con un ritmo mojado. Pero pienso en el clima. Los locos de Harlem deberían calmarse aquí. Esto no impide que nada diferencie este *dancing* de otros mil que hay por el mundo, si no es el color de la piel. A este respecto, me doy cuenta de que debo vencer un prejuicio inverso. Me gustan los negros *a priori*, y estoy tentado de encontrarles unas cualidades que no poseen. Quería que estos me parecieran guapos, pero, si me imagino que su piel es blanca, entonces me encuentro con una bonita colección de horteras y de empleados dispépticos. Abdias confirma. La raza es fea. No obstante, entre las mulatas que se acercan enseguida a beber a nuestra mesa, no porque sea la nuestra sino porque en ella se bebe, hay una o dos que son bonitas. Incluso me enternezco con una de ellas que padece ronquera, bailo un poco con otra una samba lánguida, me esfuerzo por despertar en mí algún apetito y me doy cuenta de pronto de que me estoy aburriendo. Taxi. Y regreso.

18 de julio

Llueve a cántaros sobre la humeante bahía y sobre la ciudad. Mañana tranquila de trabajo. Voy a almorzar con Lage, en un simpático restaurante que da al puerto. A las tres tengo una cita con Barleto para visitar las barriadas obreras. Tomamos un tren de cercanías. *Meier. Todos os Santos. Madeidura.* Lo que me choca es el parecido con lo árabe. Comercios sin escaparates. Todo está en la calle. He visto un coche fúnebre: un cenotafio Imperio con enormes columnas de bronce dorado sobre una camioneta de carga pintada de negro. Para los ricos, los caballos. Telas violentas expuestas. Interminables barriadas que atravesamos montados en un tranvía que va dando tumbos. Vacías la mayor parte del tiempo, y tristes (las tribus obreras que acampan a las puertas de las ciudades me recuerdan a B.[18] pero coagulándose de tarde en tarde alrededor de un centro, de una plaza resplandeciente de neón, con luces verdes y rojas (en pleno día), atestada de gentío multicolor, sobre el cual un altavoz vocifera, en ocasiones, noticias de fútbol. Nos recuerdan a esas muchedumbres que aumentan sin cesar sobre la superficie del mundo y que acabarán por cubrirlo todo y asfixiarse. Comprendo mejor Río así, mejor que en Copacabana, en cualquier caso, y su lado mancha de aceite, que se extiende hasta el infinito en todas las direcciones. Al volver, en un *lotação*, especie de taxi colectivo, asistimos a uno de los numerosos accidentes producidos por la circulación inverosímil. Un pobre

anciano negro que se introdujo equivocadamente por una avenida rutilante de luces es atropellado por un autobús que circula a toda velocidad y que lo lanza diez metros más adelante, como si fuera una pelota de tenis, luego el vehículo da un rodeo y huye. Esto por culpa de esa ley estúpida de flagrante delito, según la cual el conductor debe ser encarcelado. Así que huye, ya no hay flagrante delito ni lo meterán en la cárcel. El anciano negro se queda allí, sin que nadie lo levante. Pero el golpe habría matado a un buey. Me entero más tarde de que le pondrán encima una sábana blanca, por donde la sangre se irá extendiendo, unas velas encendidas alrededor, y la circulación continuará en torno a él, evitándolo únicamente, hasta que lleguen las autoridades para la reconstitución de los hechos.

Por la noche, cena con Robert Claverie. Solo franceses, lo cual es un descanso para mí. Cuando se habla una lengua extranjera, hay —según dice Huxley— alguien dentro de uno que dice no con la mano.

19 de julio

Tiempo magnífico. Una periodista encantadora y miope. Correo. Almuerzo con los Delamain, en una especie de cantina de estación, con luz de neón, naturalmente. Comida. Meditaciones sombrías. Al final de la tarde, voy a una escuela de teatro. Conversación con profesores y alumnos. Cena en casa de los Chapass con el poeta nacional Manuel Bandeíra, un hombrecillo de un espíritu extremadamente fino. Después de cenar, Caymmi, un negro que compone y escribe todas las sambas que se cantan en el país, viene a cantar con su guitarra. Son las canciones más tristes y conmovedoras que conozco. El mar y el amor, la añoranza de Bahía. Poco a poco, todos cantan y vemos a un negro, diputado, profesor de facultad, y a un notario, cantar en coro aquellas sambas con una gracia muy natural. Completamente seducido.

20 de julio

Mañana en canoa automóvil por la bahía de Río, con un tiempo maravilloso. Solo un vientecillo fresco remueve un poco el agua. Pasamos junto a las islas; playas pequeñas (dos gemelas llamadas Adán y Eva). Finalmente, baño en un agua pura y fresca. Por la tarde, visita de Murilo Mendes, poeta y enfermo. Espíritu fino y resistente. Uno de los dos o tres que realmente me han llamado la atención aquí. Por la noche, conferencia. Cuando llego, encuentro a la gente abarrotando la entrada. Claverie y la deliciosa Mme Petitjean se marchaban ya al no haber podido encontrar sitio. Les consigo uno, no sin dificultad. Finalmente,

la sala prevista para ochocientas personas está sobrecargada de oyentes que permanecen de pie, o están sentados en el suelo. La gente de mundo, diplomáticos, etc., que llegan naturalmente con retraso, tienen que elegir entre quedarse de pie o robarle el sitio a alguien. El embajador de España se sienta detrás de la tribuna en un traspuntín. Enseguida se informará. Me encuentro con Ninu, un refugiado español que conocí en París. Es jefe de campeones[19] en una *fazenda*, a cien kilómetros de Río. Ha recorrido esos cien kilómetros para venir a escuchar a «su compañero». Se marchará mañana por la mañana. Y cuando uno sabe lo que aquí representan esos cien kilómetros por el interior del país... Me siento conmovido hasta casi llorar. Él saca entonces un paquete de cigarrillos de los que más se acercan al «gusto francés», dice, y me los ofrece. Ya no me separo de él, contento de tener a este amigo en la sala y pensando que voy a hablar para hombres como él. Y así hablo, en efecto, con lo cual obtengo la aprobación de los hombres como N. y, según creo, de la juventud que aquí se encuentra. Pero dudo mucho que a la gente de mundo les haya gustado. Después, llega la embestida. Observo algunas miradas auténticas. El resto es comedia. Me acuesto a medianoche, ya que debo levantarme a las cuatro y media para tomar el avión a Recife.

21 de julio

Me despierto a las cuatro de la madrugada. Está lloviendo a mares. Solo de ir desde la puerta de la embajada hasta el taxi, acabo empapado. En la estación terminal, formalidades, durante las cuales me duermo de pie. Largo camino hasta el aeropuerto. Con este clima uno se moja dos veces: primero, con la lluvia, y segundo, con el propio sudor. En el aeropuerto, larga espera. Finalmente, no saldremos hasta las ocho y media y me pongo rabioso una vez más contra el avión. Mientras espero, miro un cartel que indica las distancias existentes entre Río y las capitales del mundo. París está a una distancia de diez mil kilómetros. Dos minutos después, en la radio tocan «La vie en rose». Avión que despega pesadamente, cargado de lluvia, con un cielo bajo. Trato de dormir sin conseguirlo. Cuando aterrizamos en Recife, cuatro horas y media después, la puerta del avión se abre a una tierra roja devorada por el calor. Estamos de nuevo en el Ecuador, es verdad. Tengo insomnio y algo de fiebre debido a un catarro que cogí esta mañana, así que me tambaleo bajo el peso del calor. Nadie me espera. Pero, al parecer, el avión ha llegado antes de tiempo, y no es de extrañar. Así que espero en una sala vacía donde circula un aire abrasador, mientras contemplo desde lejos los bosques de cocoteros que rodean la ciudad.

Llega la delegación. Todos muy amables. Los tres franceses que están aquí miden todos más de un metro ochenta. Estamos bien representados. Nos largamos de allí rápidamente. Tierra roja y cocoteros. Y luego, el mar y playas inmensas. Hotel en el muelle. Unos mástiles sobresalen del parapeto. Trato de dormir. En vano. Las cuatro. Vienen a buscarme. Me presentan al director del periódico más antiguo de América del Sur: *El Diario de Pernambuco*. Él es quien me acompaña a visitar la ciudad. Admirables iglesias coloniales en las que domina el blanco, y el estilo jesuítico se ilumina y aligera gracias al enlucido. El interior es barroco, pero sin la excesiva pesadez del barroco europeo. La Capilla Dorada, en particular, es admirable. Los azulejos[20] están aquí perfectamente conservados. Ingenuamente, al igual que ocurre también con las pinturas, los «malos» como Judas, los soldados romanos, etc., han sido desfigurados por el pueblo. Todos presentan unas caras roídas y sanguinolentas. Admiro la ciudad vieja, las casitas rojas, azules y ocres. Las calles pavimentadas con anchas piedras en punta. La plaza de la iglesia de San Pedro. Como la iglesia se encuentra al lado de una fábrica de café, está completamente ennegrecida por el humo de los tostaderos. Tiene literalmente una pátina de café.

Ceno solo. Se oye una orquesta moribunda. El exilio tiene sus dulzuras. Después de cenar, conferencia ante un centenar de personas que parecen muy cansadas al salir. Me gusta Recife, decididamente. Florencia de los Trópicos, entre sus bosques de cocoteros, sus montañas rojizas y sus playas blancas.

22 de julio

Me levanto con gripe y fiebre. Con las piernas de algodón. Me preparo y espero en el hotel a tres intelectuales interesados en verme. Dos de ellos simpáticos. Me llevan a ver Olinda, pequeña ciudad histórica frente a Recife, en la bahía, con viejas iglesias. Hermosísimo convento de San Francisco. Al volver, estoy temblando de fiebre y me tomo una aspirina y una ginebra. Almuerzo en casa del cónsul. Después de comer, paseo a lo largo del mar, atravesando un bosque de cocoteros. A través de los claros se divisan en el mar las velas de los *junsahés*, especie de balsas estrechas, formadas con troncos de una madera muy ligera, atados con cuerdas. Este frágil montaje resiste en el mar días y días, según me dicen. Chozas diseminadas. Pero, en el aire sofocante y luminoso, la sombra de los cocoteros tiembla ante mis ojos. Los síntomas de la gripe se agudizan y pido que me dejen descansar antes del coloquio de las cinco. Imposible dormir. Mesa redonda que mantengo gracias a dos whiskies. Luego me llevan a una fiesta popular que han organizado para mí. Me vacunan contra la gripe. Cantares y

bailes sin interés. Una «macumba de tongo». Pero el *bomba-menboi*, espectáculo extraordinario. Es una especie de ballet grotesco bailado por máscaras y figuras-tótems sobre un tema que siempre es el mismo: la muerte de un toro. Sobre este tema, los personajes improvisan en parte y también recitan un texto en verso, al mismo tiempo que bailan. Lo que veo dura una hora. Pero me dicen que podría durar toda la noche. Las máscaras son extraordinarias. Dos payasos rojos, el «caballero marino» en el interior de un caballo de tiovivo, una cigüeña, un matamoros vestido de gaucho. Dos indios, y el toro, naturalmente; el «muerto llevando al vivo», especie de maniquí con dos cuerpos, animado por un único comediante, la *cachaca* (o el borracho), el hijo del caballo, potro caracoleador, un hombre montado sobre unos zancos, el cocodrilo y, dominando todo esto, una muerte de tres metros de alto por lo menos que contempla el espectáculo con la cabeza muy alta en el cielo nocturno. Como orquesta, un tambor y una «caja de rumbas». El origen religioso es evidente (todavía se incluyen en el texto algunas oraciones). Pero todo ello se ve ahogado por un baile endiablado, mil invenciones graciosas o grotescas que acaban con la muerte del toro, el cual renace poco después y huye llevándose a una niña entre los cuernos. La conclusión, un fuerte grito: «Viva el señor Camus y los cien *reyes* de Oriente». Regreso a mi cuarto, embrutecido por la gripe.

23 de julio

Nueve de la mañana. Salida para Bahía. Estoy algo mejor de la gripe. Pero sigo con fiebre y derrengado. Hace frío en el avión. Sabe Dios por qué. Y aquello se mueve terriblemente. Tres horas de vuelo y vemos aparecer, sobre una enorme explanada, unas pequeñas colinas cubiertas de nieve. Al menos, esa es la impresión que me da esa arena blanca, muy corriente aquí, y cuyas inmaculadas olas parecen rodear Bahía con un desierto intacto. Desde el aeropuerto hasta la ciudad, seis kilómetros de una carretera llena de curvas, entre las plataneras y una vegetación tupida. La tierra es completamente roja. Bahía, donde solo se ven negros, me parece una inmensa *casbah* bulliciosa, miserable, sucia y bella. Mercados desmesurados hechos de coches agujereados y viejas tablas, con viejas casas bajas enlucidas de cal roja, verde manzana, azul, etc.

Almuerzo en el puerto. Grandes barcas con velas latinas ocres y azules descargan los racimos de plátanos. Comemos unos platos lo bastante picantes para hacer andar a un paralítico. La bahía que diviso desde la ventana de mi hotel se extiende, redonda y pura, llena de un extraño silencio bajo el cielo gris, mientras que las velas inmóviles que en ella se divisan parecen apresadas en un

mar petrificado de repente. Prefiero esta bahía a la de Río, demasiado espectacular para mi gusto. Esta, al menos, tiene mesura y poesía. Desde por la mañana se suceden los chaparrones, brutales y abundantes. Han transformado en torrenteras las calles desfondadas de Bahía. Y circulamos por en medio de dos grandes láminas de agua que recubren el coche sin parar.

Visita de iglesias. Son iguales que las de Recife, aunque tengan más fama. Iglesia del Buen Jesús con los exvotos (moldes de cera, par de nalgas, radiografía, galones de cabo). Se asfixia uno. Pero el barroco armonioso se repite mucho. Finalmente, es lo único que hay que ver en este país y se ve pronto. Queda la verdadera vida. Aunque en esta tierra desmesurada, que posee la tristeza de los grandes espacios, la vida se encuentra a ras de tierra y harían falta años para integrarse. ¿Me apetece pasar unos años en Brasil? No. A las seis me doy una ducha, me duermo y me despierto un poco mejor. Ceno solo. Luego, conferencia ante una asistencia paciente. El cónsul me acompaña y me pasa, por debajo de la mesa, a la hora de la última copa, un sobre con unos cuarenta y cinco mil francos en moneda brasileña. Es la remuneración que me da la Universidad de Bahía. Sorpresa del cónsul ante mi negativa. Me explica que «hay otros que reclaman esa remuneración». Luego, se inclina. Yo sé, por lo demás, que no podrá por menos de pensar: «Si la necesitara, la aceptaría». Sin embargo...

Antes de terminar, anoto unos cuantos párrafos del reglamento en francés del Palace (?) Hotel de Bahía. — «Todo el mundo habla francés en Brasil», dice la propaganda.

«En caso de no pagar las notas, como se estipula en los párrafos 3 y 4, la gerencia se verá obligada a efectuar la retención del equipaje como garantía del débito y, por consiguiente, el cliente desocupará inmediatamente la habitación.

»Se prohíbe en las habitaciones la entrada de pájaros, perros o de cualquier otro animal.

»En la planta baja del hotel, encontrarán un American Bar perfectamente equipado y un amplio salón de lectura.»

Y para terminar:

«En la planta baja del hotel hay un salón de barbería y de manicura. Los clientes pueden utilizar sus servicios en su habitación».

24 de julio (domingo)

A las diez, un brasileño encantador, Eduardo Catalao, educado como ya no los hay, me lleva por una carretera desfondada hasta la playa de Itapoa. Es un pueblo de pescadores con chozas de paja. Pero la playa es hermosa y salvaje, y el mar se llena de espuma al pie de los cocoteros. Esta gripe, que no acaba de curarse, me tiene acoquinado, me impide bañarme. Encontramos allí a un grupo de jóvenes cineastas franceses que viven en una choza para hacer una película sobre Bahía. Sorprendidos de verme por aquel rincón perdido. Huelen un poco a Saint-Germain-des-Prés.

Almuerzo «de vitriolo» a las tres. De cinco a siete, trabajo. Cena en casa del cónsul. Después, vamos a ver un candomblé, nueva ceremonia de esa curiosa religión afrobrasileña que es aquí el catolicismo de los negros. Consiste en una especie de baile ejecutado ante una mesa cargada de manjares, al son de tres tambores cada vez más grandes y de un embudo aplastado sobre el que golpean con una vara de hierro. Una matrona, que sustituye al «padre de los santos», dirige las danzas, que bailan únicamente mujeres. Los trajes son mucho más ricos que en Bahía. Dos de las bailarinas —enormes— llevan la cara tapada con una cortinilla de rafia. No obstante, aquello no me descubre nada especialmente nuevo, hasta que entran en escena un grupo de jóvenes negras en estado semihipnótico, con los ojos casi cerrados, con el cuerpo erguido sin embargo, pero balanceándose sobre sus pies, adelante y atrás. Una de ellas, alta y delgada, me encanta. Lleva un sombrero de cazadora azul, con el borde levantado, plumas de mosquetero, un vestido verde, y en la mano un arco verde y amarillo provisto de su flecha, en cuya punta está ensartado un pájaro multicolor. El hermoso rostro dormido refleja una melancolía serena e inocente. Esta Diana negra posee una gracia infinita. Y, cuando baila, su gracia extraordinaria no se queda atrás. Sigue dormida, y se tambalea cuando para la música. Solo el ritmo le presta una suerte de tutor invisible alrededor del cual ella enrolla sus arabescos, profiriendo de cuando en cuando un extraño grito de pájaro, agudo y sin embargo melodioso. El resto no vale gran cosa. Estos ritos degradados se expresan mediante danzas mediocres. Partimos con Catalao. Pero en aquel barrio lejano, mientras nos bamboleamos por las calles llenas de agujeros, a través de la noche densa y aromática, el grito de pájaro herido sigue llegando hasta mí y me recuerda a mi bella dormida.

Quisiera acostarme, pero Catalao desea tomar un whisky en un club nocturno, triste como la muerte e idéntico a todos los que siembran el mundo entero. Pide,

sin saberlo yo, música francesa, y por segunda vez oigo «La vie en rose» en el trópico.

25 de julio

Me despierto a las siete. Hay que esperar un avión que no es seguro. Luego me aseguran que lo tendré a las once. Estoy mejor de la gripe, pero tengo las piernas de algodón. Furiosas ganas de regresar. Pierdo dos horas en el aeropuerto. Partimos. Es la una y media y no llegaremos a Río antes de las siete. Escribo todo esto en el avión, donde me siento muy solo.

Noche. He llegado sintiéndome mucho peor de la gripe y con fiebre. Esta vez, la cosa parece seria.

26 de julio

En la cama. Fiebre. Solo la mente trabaja con obstinación. Horribles pensamientos. Sentimiento insoportable de ir caminando paso a paso hacia una catástrofe desconocida que lo destruirá todo a mi alrededor y dentro de mí.

Noche. Vienen a buscarme. Me había olvidado de la compañía negra que esta noche debía mostrarme un acto de *Calígula*. El teatro está reservado, no se puede hacer otra cosa, así que me abrigo como si fuera al polo Norte y voy en taxi.

Qué extraño ver a esos romanos negros. Y, además, lo que me parecía un juego cruel y vivo se ha convertido en un arrullo lento y tierno, vagamente sensual. Después de esto, representan para mí una obrita corta brasileña que me gusta mucho y cuyo argumento transcribo:

«Un hombre, asiduo de las macumbas, es visitado por el espíritu del amor. Se arroja entonces sobre su mujer, que, arrebatada, se enamora de ese espíritu. Ella provoca, con un repetido canto, la llegada del espíritu tan a menudo como puede, lo que da pretexto en el escenario a unas bacanales muy animadas. Finalmente, el marido comprende que ella no está enamorada de él sino del Dios y la mata. Ella muere feliz, sin embargo, porque está persuadida de que se reunirá con el Dios a quien ama».

La velada termina con música brasileña que me parece mediocre. Sin embargo, es importante señalar que Brasil es el único país con población negra que produce sin cesar nuevas melodías. El colofón es un frevo, danza de Pernambuco, en el que participan los mismos asistentes y que me parece la más

descabellada contorsión que he visto. Encantador. En cuanto vuelvo a la habitación, me duermo como un tronco y no me despierto hasta las nueve de la mañana, infinitamente mejor.

27 de julio

Brasil, con su delgada armadura moderna pegada a ese inmenso continente bullente de fuerzas naturales y primitivas, me recuerda a un edificio de pisos roído más y más por invisibles termitas. Un día, el edificio se derrumbará y todo un pequeño pueblo hormigueante, negro, rojo y amarillo, se extenderá por la superficie del continente, enmascarado y provisto de lanzas, para el baile de la victoria.

Almuerzo con el poeta Murillo Mendes, espíritu fino y melancólico, con su mujer y un joven poeta, a quien el inteligente sistema de circulación brasileño ha procurado diecisiete fracturas y un par de muletas. Después de comer, me llevan al Pan de Azúcar. Pero la tarde se nos pasa haciendo cola sin que, finalmente, consigamos llegar más que al primer pico, para gran desesperación de Mme Mendes, que teme que yo me aburra, cuando en realidad me siento de muy buen humor en su amable compañía. M. conoce y cita a Char, y opina que, después de Rimbaud, es nuestro poeta más importante. Estoy contento de ello.

28 de julio

La embajada de Montevideo complica mi estancia al querer modificar las fechas previstas. Finalmente, me quedaré en Río hasta el miércoles antes de ir a São Paulo. Almuerzo con Simón y Barleto, por quienes siento cada vez más simpatía. Paso la tarde trabajando. Por la noche, recepción en la embajada, por lo demás encantadora, pero donde me aburro. Me despido a la francesa, como dicen aquí, y me voy a dormir.

29 de julio

Las jornadas de Río no tienen mucho sentido y transcurren a la vez deprisa y lentamente. Almuerzo en casa de Mme B. y de su cuñada. Las francesas tienen cosas buenas. Vivas, espirituales, el momento pasa deprisa. Un paseo después, a pie, a lo largo de la bahía, en un maravilloso y lánguido día. Me despego con dificultad de esos momentos fáciles y naturales para correr a la embajada a encontrarme con Mendes y su mujer, que deben llevarme a casa de Corrêa, exeditor, donde conoceré a un estudiante que..., etc. Acepto aquí lo que he rechazado toda mi vida con obstinación, como si de antemano hubiera

consentido a todo en este viaje que yo no quería hacer. Salgo a tiempo para reunirme con Claverie, Mme B. y su cuñada, a quienes he invitado a cenar. Después de cenar, Claverie nos lleva a pasear por unos caminos horadados en la montaña y en la noche. El aire tibio, las estrellas menudas y numerosas, la bahía allí abajo... pero todo esto me pone más melancólico que feliz.

30 y 31 de julio

Fin de semana en casa de Cl., en Teresópolis. A ciento cincuenta kilómetros de Río, en las montañas. La carretera es buena, sobre todo entre Petrópolis y Teresópolis. De cuando en cuando, un ipé plagado de flores amarillas estalla en un recodo ante un horizonte de montañas que se suceden hasta el horizonte. También aquí se comprende lo que me había chocado en el avión, al sobrevolar este país. Inmensas extensiones vírgenes y solitarias junto a las cuales las ciudades, enganchadas al litoral, no son más que puntos sin importancia. En todo momento, este enorme continente sin carreteras, entregado por entero al salvajismo natural, puede darse la vuelta y sepultar a esas ciudades falsamente lujosas. El fin de semana transcurre paseando, con baños y ping-pong. Respiro por fin en este campo. Y el aire, a ochocientos metros, me hace apreciar mejor el clima de Río, verdaderamente fatigoso. Cuando bajamos el domingo por la tarde, vuelvo a la ciudad sin alegría. Además, me recibe ante la embajada una de esas escenas tan frecuentes en Río. De nuevo una mujer, cubierta de sangre, delante de un autobús. Y una multitud que la mira sin socorrerla, en silencio. Esta costumbre bárbara me subleva. Mucho más tarde, oigo la sirena de una ambulancia. Durante todo este tiempo, han dejado morir a esa desdichada entre gemidos. En cambio, parecen adorar a los niños.

1 de agosto

Despertar difícil. Vivir es hacer daño a los demás y a uno mismo a través de los demás. ¡Tierra cruel! ¿Cómo hacer para no tocar nada? ¿Dónde encontrar un exilio definitivo?

Almuerzo en la embajada. Me entero allí de que Brasil ignora la pena de muerte. Por la tarde, conferencia sobre Chamfort. Sigo preguntándome por qué razón atraigo a las mujeres de mundo. ¡Cuántos sombreros! Cena con Barleto, Machado, etc., en un restaurante italiano simpático. Por la tarde vamos a visitar una favela. Mucha palabrería antes de entrar en esa auténtica ciudad de madera, de hoja de lata y de juncos, colgada en la ladera de una colina, sobre la playa de Ipanema. Finalmente, nos informan de que podemos ir a consultar (como carta

de introducción llevamos, es verdad, dos buenas botellas de «cachado») a una de las señoras de aquellos lugares. Nos introducimos ya de noche por entre las cabañas, de donde salen ruidos de radio, o ronquidos. El terreno es a veces completamente vertical, resbaladizo, lleno de inmundicias. Se necesita un buen cuarto de hora para llegar, sin aliento, a la cabaña de la pitonisa. Pero en el terraplén, delante de la cabaña, nos vemos recompensados: la playa y la bahía bajo la media luna se extienden ante nosotros, inmóviles. La pitonisa parece dormir. Pero nos abre. Es una cabaña como otras muchas que he visto, con taparrabos multicolores colgados del techo. En un rincón, una cama y un hombre durmiendo. En medio, una mesa con ropa blanca tapada con una cortina roja que parece un cadáver. Una alcoba con un altar que reúne todas las estatuas de santos que San Sulpicio exporta al mundo. También hay una estatua de Piel Roja, perdida ahí, no se sabe por qué. La pitonisa parece una buena mujer de su casa. Acaba de terminar sus consultas, que solo atiende cuando el santo está dentro de ella. El santo se ha ido. Será para la próxima vez. Hace calor. Pero esos negros son tan gentiles y afables que seguimos charlando. Bajada, verdadera carrera a muerte. Uno imagina a las mujeres que van a buscar agua dos o tres veces al día, con el cubo sobre la cabeza, al subir. Imaginamos lo que será en días de lluvia. Entretanto, Barleto da con sus huesos en el suelo. Yo llego por fin abajo sano y salvo, y acabamos la velada en casa de Machado, que me cuenta la historia de los «ayudantes de moribundos» en Minas. En algunos casos, cuando la agonía dura demasiado tiempo, convocan a esos señores, que están patentados. Llegan allí, vestidos como los encargados de pompas fúnebres, saludan, se quitan los guantes y van a ver al moribundo. Le piden que diga «María-Jesús» sin parar, le colocan una rodilla sobre el estómago y las manos sobre la boca, y empujan con aplicación hasta que el agonizante haya expirado. Se retiran, vuelven a ponerse los guantes, se embolsan cincuenta cruceiros y se marchan, rodeados de la gratitud y consideración generales.

2 de agosto

Cansado de apuntar cosas sin importancia. (Escribo esto en el avión que me lleva a São Paulo. Ayer se compuso de naderías. Incluso una conversación con Mendes sobre las relaciones entre la cultura y la violencia, que me ayudó a precisar lo que yo pensaba, me pareció una tontería.)

Me siento perseguido, en realidad, en medio de esta gloriosa luz de Río, por la idea del mal que hacemos a los demás con solo mirarlos. Hacer sufrir me fue, durante mucho tiempo, indiferente, hay que confesarlo. Fue el amor el que me

iluminó acerca de esto. Ahora, no puedo soportarlo. En un sentido, más vale matar que hacer sufrir.

Lo que sí me pareció muy claro ayer, y por fin, es que deseaba morir.

3 de agosto

São Paulo y la noche que cae rápidamente mientras se van encendiendo uno a uno los anuncios luminosos en la cúspide de los grandes rascacielos, mientras que de las palmeras reales, que se elevan entre los edificios, asciende un canto ininterrumpido, procedente de los millares de pájaros saludando el fin del día, tapando las notas graves de las bocinas que anuncian el regreso de los hombres de negocios.

Cena con Oswald de Andrade, personaje notable (desarrollar). Su punto de vista es que Brasil se halla poblado de primitivos y que así es mejor.

La ciudad de São Paulo, ciudad extraña, un Orán desmesurado.

Olvido estúpidamente anotar la cosa que más me emocionó. Fue una emisión de radio en São Paulo, donde unas pobres gentes acudían al micrófono para exponer la necesidad en que se encontraban momentáneamente. Aquella noche, un negro alto, pobremente vestido, con una niña de cinco meses en brazos y el biberón en el bolsillo, acudió a explicar allí con sencillez que, al haberle abandonado su mujer, buscaba a alguien que pudiera ocuparse de la niña sin quitársela. Un expiloto de guerra sin trabajo buscaba un puesto de mecánico, etc. A continuación, en las oficinas, esperamos las llamadas telefónicas de los oyentes. Cinco minutos después de acabar la audición, el teléfono suena sin interrupción. Todos se ofrecen u ofrecen alguna cosa. Mientras el negro está al aparato, el expiloto le cuida la niña y la mece. Y el colofón: un negro alto, más viejo, entra en el despacho a medio vestir. Estaba durmiendo y su mujer, que escuchaba la emisión, lo despertó y le dijo: «Vete a buscar a la niña».

4 de agosto

Conferencia de prensa por la mañana. Almuerzo de pie en casa de Andrade. A las tres me llevan, no sé muy bien por qué, a la penitenciaría de la ciudad, «la más hermosa del Brasil». Es «hermosa», en efecto, como una penitenciaría de película americana. Salvo el olor, el horroroso olor a hombre que hay en todas las cárceles. Rejas, puertas de hierro, rejas, puertas, etc. Y, de cuando en cuando, unos carteles: «Sé bueno», y sobre todo «Optimismo». Me avergüenzo ante uno o dos detenidos, por lo demás privilegiados, que se ocupan del servicio de la

prisión. El médico-psiquiatra me da el tostón después con sus clasificaciones de mentalidades perversas. Y alguien me dice, al salir, la fórmula ritual: «Está usted en su casa».

Me olvidaba. Al ir, pasamos por una calle de prostitutas. Están detrás de unas puertas de laminillas, grandes persianas que permiten vislumbrarlas, y son, en su mayoría, encantadoras. Se discute el precio a través de las persianas pintadas de todos los colores: verdes, rojas, amarillas, azul cielo. Son como pájaros en jaula.

Luego, subimos a un pequeño rascacielos. São Paulo de noche. La parte de cuento de hadas que hay en las ciudades modernas, en las avenidas y tejados relucientes. Alrededor, el café y las orquídeas. Pero es difícil de imaginar.

Andrade me expone, a continuación, su teoría: la antropofagia como visión del mundo. Ante el fracaso de Descartes y de la ciencia, volver a la fecundación primitiva: el matriarcado y la antropofagia. Al haber sido devorado allí el primer obispo que desembarcó en Bahía, Andrade databa su revista en el año 317 a partir de la deglución del obispo Sardinha (porque se llamaba Sardinha).

Ultima hora. Después de mi conferencia, Andrade me cuenta que en la penitenciaría modelo han visto a algunos detenidos suicidarse golpeándose la cabeza contra las paredes y cogiéndose el cuello con el cajón de su celda hasta el estrangulamiento.

5, 6 y 7 de agosto (El viaje a Iguape)

Vamos a las fiestas religiosas de Iguape, pero a las diez en vez de a las siete, como estaba previsto. En efecto, tenemos que ir en coche durante todo el día por el interior, con las carreteras desfondadas de Brasil, y más vale llegar antes de que se haga de noche. Pero ha habido un retraso, el coche no estaba listo, etc. Salimos de São Paulo y rodamos en dirección al Sur. El camino, de tierra o de piedras, siempre está cubierto de un polvo rojo que recubre toda la vegetación sobre un kilómetro, a cada lado del camino, con una capa de barro seco. Al cabo de unos cuantos kilómetros, nosotros mismos, es decir, el chófer, que se parece a Auguste Comte, Andrade y su hijo, que es el encargado de los filósofos, Silvestre, el agregado cultural francés, y yo mismo estamos cubiertos de ese mismo polvo. Se infiltra por todos los intersticios de la gruesa camioneta Ford en donde vamos y nos llena poco a poco la boca y la nariz. Sobre esto, un sol feroz que torrefacta la tierra y detiene toda clase de vida. A los cincuenta kilómetros, un ruido siniestro. Nos paramos. Un resorte delantero está roto, se escapa visiblemente del conjunto de resortes y roza la llanta de la rueda. Auguste Comte

se rasca la cabeza y declara que lo mandaremos arreglar a unos veinte kilómetros de allí. Le aconsejo que quite la lámina enseguida antes de que se atasque contra la rueda. Pero él es optimista. Cinco kilómetros más adelante nos paramos, por haberse atascado el resorte. Auguste Comte decide coger una herramienta: es decir, que saca de la maleta de atrás una gruesa vara de hierro que utiliza a modo de martillo y, golpeando sobre la lámina, pretende arrancarla a la fuerza.

Le explico que hay que quitar un tornillo y también la rueda. Pero comprendo, finalmente, que se ha embarcado para esta larga expedición por unas pistas desfondadas sin llevar ni siquiera una llave inglesa. Esperamos, bajo un sol capaz de matar a un buey, y finalmente llega un camión cuyo chófer, por suerte, tiene una llave inglesa. Una vez quitada la rueda y aflojado el tornillo, podemos retirar por fin la lámina. Emprendemos de nuevo el camino por entre las montañas pálidas y abarrancadas, tropezando a veces con un cebú famélico, escoltados otras por los tristes urubús. A la una llegamos a Piedad, pueblecito sin gracia donde somos calurosamente recibidos por la dueña de la posada, doña Anesia, a quien Andrade debió de cortejar en otros tiempos. Nos sirve una mestiza india, María, que para terminar me ofrecerá flores artificiales. Comida brasileña que no acaba nunca y que pasa gracias a la pinga, nombre que aquí le dan a la cachaza. Nos ponemos en marcha de nuevo, una vez arreglado el resorte. Seguimos subiendo y el aire se vuelve muy seco. Inmensas extensiones sin viviendas ni cultivos. La terrible soledad de esa naturaleza desmesurada explica muchas cosas de este país. Llegamos a Pilar a las tres. Pero, una vez allí, Auguste Comte se da cuenta de que se ha equivocado. Nos explican que hemos hecho sesenta kilómetros de más. Lo que aquí significa dos o tres horas de camino. Doloridos por tantos baches, cubiertos de polvo, emprendemos de nuevo el viaje para buscar el buen camino. De hecho, no empezamos a bajar la Serra hasta el final del día. Me da tiempo a ver los primeros kilómetros de selva virgen, la densidad de aquel mar vegetal, a imaginar la soledad en medio de aquel mundo inexplorado, y cae la noche mientras nosotros nos internamos en la selva. Rodamos durante horas, bamboleándonos por unos caminos estrechos, entre altos muros de árboles, en medio de un olor húmedo y azucarado. En lo más denso del bosque, corren de cuando en cuando las luciérnagas, moscas luminosas y pájaros con los ojos rojos, que golpean durante un segundo el parabrisas. Salvo esto, la inmovilidad y el mutismo de este mundo pavoroso son absolutos, aunque Andrade pretenda, en ocasiones, oír a una onza. El camino da vueltas y revueltas, pasa por unos puentes hechos con tablas desvencijadas que salvan riachuelos. Después, viene la niebla y una lluvia fina que disuelve la luz

de nuestros faros. No se puede decir que rodemos, sino que nos arrastramos, literalmente. Son casi las siete de la tarde y estamos en el coche desde las diez de la mañana; nuestro cansancio es tal que recibimos con fatalismo la hipótesis que nos presenta Auguste Comte de que se está acabando la gasolina. No obstante, la selva se va abriendo un poco y, lentamente, el paisaje se modifica. Salimos por fin al aire libre y llegamos a un pueblecito, donde nos detiene un gran río. Señales luminosas en la orilla de enfrente, y vemos llegar una chalana, del sistema más antiguo que existe, a la sirga, conducida por unos mulatos con sombrero de paja. Nos embarcamos y la chalana deriva lentamente sobre el río Ribeira. El río es ancho y fluye suavemente hacia el mar y la noche. En las dos orillas, una selva aún tupida. En el cielo bochornoso, estrellas empañadas. Todo el mundo calla a bordo. El silencio absoluto de esta hora tan solo se ve turbado por el chapoteo del río contra la barcaza. En la parte delantera de la chalana, contemplo el agua que va río abajo, lo extraño y sin embargo familiar de aquel decorado. De ambas orillas se alzan gritos extraños de pájaros y la llamada de los sapos búfalo. Es medianoche en París, en este momento exacto.

Desembarco. Luego seguimos arrastrándonos hacia Registro, verdadera capital japonesa en medio del Brasil, donde me da tiempo a divisar unas casas de decoración frágil y hasta un quimono. Nos anuncian entonces que para Iguape solo faltan sesenta kilómetros.

Reemprendemos la marcha. Un soplo húmedo y una llovizna incesante nos anuncian que el mar no anda lejos. El camino se hace de arena, más difícil y peligroso todavía de lo que era antes. Y es a las doce cuando, por fin, llegamos a Iguape. Descontando las paradas, hemos tardado diez horas en hacer los trescientos kilómetros que nos separan de São Paulo.

Todo está cerrado en el hotel. Un notable con quien nos encontramos en la noche nos lleva a casa del alcalde (el prefecto, dicen aquí). El alcalde nos anuncia, a través de la puerta, que dormimos en el hospital. Caminamos hacia el hospital. A pesar del cansancio, la ciudad me parece bonita con sus iglesias coloniales, el bosque muy cercano, sus casas bajas y desnudas y la suavidad del aire húmedo. Andrade pretende que se oye el mar. Pero está lejos. En el hospital Feliz recuerdo (ese es su nombre), el amable notable nos conduce a un pabellón abandonado que huele a cien leguas a pintura reciente. Me señalan que, en efecto, lo han repintado hace poco en nuestro honor. Pero no hay luz, ya que la fábrica del país se para a las once. A la luz de los mecheros, vislumbramos, no obstante, seis camas limpias y rústicas. Es nuestro dormitorio. Depositamos

nuestras maletas. Y el notable quiere que comamos un sándwich en el club. Extenuados, vamos al club. Este es una especie de bistró en el segundo piso, donde encontramos a otros ciudadanos importantes que nos llenan de atenciones. Anoto una vez más la exquisita cortesía brasileña, algo ceremoniosa tal vez, pero que, de todos modos, es preferible a la patanería europea. Sándwich y cerveza. Pero a un zangolotino alto que no se tiene muy bien en pie se le ocurre la idea singular de pedirme mi pasaporte. Se lo enseño y parece decirme que no estoy en regla. Cansado, lo mando a paseo. Los notables, indignados, mantienen una especie de consejo al cabo del cual vienen a decirme que meterán a ese policía (pues se trata de un policía) en la cárcel, y que puedo escoger el proceso que yo quiera. Les suplico que lo dejen en libertad. Me explican que el honor tan grande que yo hago a Iguape no ha sido reconocido por aquel grosero, y que hay que sancionar esa falta de modales. Protesto, pero insisten en honrarme de esa manera. La cosa durará hasta el día siguiente por la noche, en que por fin encuentro la fórmula, pidiendo que me hagan el excepcional favor personal de perdonar a aquel despistado. Se oyen exclamaciones acerca de mi caballerosidad y me dicen que se hará según mis deseos.

La noche del drama, en cualquier caso, volvemos al hospital rodeados de atenciones y nos encontramos a mitad de camino con el alcalde, quien se ha levantado y nos acompaña en persona hasta nuestra cama. También ha despertado al personal de la fábrica y tenemos luz. Nos instalan, casi nos arropan en el lecho y por fin, a la una y muertos de cansancio, tratamos en coro de dormir. Y digo tratamos porque mi cama está algo torcida, mis vecinos dan muchas vueltas en la cama y Auguste Comte ronca ferozmente. Me duermo, por fin, con un dormir sin sueños, ya tarde.

6 de agosto

Me despierto muy temprano. No hay agua, por desgracia, en este hospital. Me afeito con agua mineral y me lavo un poco de la misma manera. Después, llegan los notables y nos llevan al pabellón principal para desayunar. Por fin salimos a Iguape.

En el jardincillo de la Fontaine, misterioso y dulce, con racimos de flores entre los plátanos y los pandanos, encuentro un poco de abandono y de sosiego. Mestizos, mulatos y los primeros gauchos que veo esperan pacientemente ante la entrada de una gruta para obtener pedazos de la piedra que crece. Iguape es, en efecto, la ciudad del Buen Jesús, cuya efigie fue hallada entre las olas por unos

pescadores que la lavaron dentro de aquella cueva. A partir de entonces, hay allí una piedra que crece incansablemente, a la que tallan en forma de astillas, muy benéficas. La misma ciudad, entre la selva y el río, se apiña en torno a la iglesia del Buen Jesús. Unos centenares de casas, todas iguales, bajas, enlucidas, multicolores. Bajo la fina lluvia que empapa las calles mal empedradas, con la multitud abigarrada que las atesta: gauchos, japoneses, indios, mestizos, ciudadanos importantes y elegantes, Iguape parece una estampa colonial. En ella se respira una melancolía muy particular, la melancolía de los finales del mundo. Aparte el camino heroico que hemos tomado, Iguape está unida al resto del mundo únicamente por dos aviones semanales. Puede uno retirarse allí.

Durante todo el día, la gentileza de nuestros anfitriones nos acompaña. Pero hemos venido a ver la procesión. Desde el principio de la tarde, estallan los cohetes por todas partes, asustando a los urubús pelados, que rematan la techumbre de las casas, y que echan a volar. La muchedumbre aumenta. Algunos de aquellos peregrinos vienen de camino desde hace cinco días, por las sendas desfondadas del interior. Uno de ellos, que parece un abisinio y que luce una hermosa barba negra, nos cuenta que fue salvado de un naufragio por el Buen Jesús, tras una noche y un día sobre las olas furiosas, y que ha hecho la promesa de llevar sobre su cabeza una piedra de sesenta kilos durante la procesión. Se acerca la hora. De la iglesia salen los penitentes negros, luego los blancos, vestidos con casullas, luego ángeles niños, después los hijos de María, finalmente la efigie del Buen Jesús, detrás del cual avanza el hombre de la barba, con el torso desnudo y sosteniendo una enorme piedra sobre la cabeza. Finalmente, la orquesta tocando pasodobles, y la multitud de peregrinos, que es la única interesante, ya que el resto es bastante sórdido y común. Pero el gentío que desfila a lo largo de una calle estrecha, abarrotándola hasta hacerla estallar, es la amalgama más extraña que uno puede ver. Las edades, las razas, el color de la indumentaria, las clases, las lisiaduras, todo se mezcla formando una masa oscilante y abigarrada, con cirios como estrellas, por encima de los cuales estallan incansablemente los cohetes, y de vez en cuando pasa un avión, insólito en este mundo sin edad. Movilizado para esta ocasión, ruge a intervalos regulares por encima de los notables elegantes y del Buen Jesús. Nos desplazamos para esperar la procesión en otro punto estratégico y, cuando vuelve a pasar por delante de nosotros, el hombre de la barba parece crispado de cansancio y le tiemblan las piernas. Llegará, no obstante, sin contratiempo. Tocan las campanas, vuelven a abrir las tiendas y las casas, que habían cerrado puertas y ventanas al paso de la procesión, y nos vamos a cenar.

Después de cenar, unos gauchinos cantan en la plaza y todo el mundo baila en corro. Siguen los cohetes y a un niño le saltan un dedo. Llora y grita mientras se lo llevan: «¿Por qué habrá hecho esto el Buen Jesús?». (Me traducen ese grito salido del alma.)

Nos acostamos pronto, porque al día siguiente debemos salir temprano. Pero los cohetes, y también los terroríficos estornudos de Auguste Comte, me impiden dormir hasta una hora tardía.

7 de agosto

La misma carretera, salvo que evitamos el atajo de la víspera y atravesemos tres ríos. He visto pájaros mosca. Y miro una vez más, durante horas, esa naturaleza monótona y esos espacios inmensos, de los que no puede decirse que sean bellos, pero que se pegan al alma de manera insistente. País donde las estaciones se confunden unas con otras, donde la vegetación inextricable llega a ser informe, donde las sangres también están mezcladas hasta tal punto que el alma pierde sus límites. Un chapoteo denso, la luz glauca de la selva, el barniz de polvo rojo que recubre todas las cosas, el fundirse del tiempo, la lentitud de la vida rural, la excitación breve e insensata de las grandes ciudades; es el país de la indiferencia y de los cambios bruscos de humor. Por mucho que haga el rascacielos, todavía no ha vencido al espíritu de la selva, de la inmensidad, de la melancolía. Las sambas, las verdaderas, expresan mejor que yo lo que quiero decir.

Pero los últimos cincuenta kilómetros son los más agotadores. Auguste Comte, prudente, deja que lo adelanten. Cada coche que pasa levanta tal cantidad de polvo rojo que los faros ya no pueden traspasar esa niebla mineral y, a veces, el coche tiene que pararse. Ya no sabemos dónde estamos, y yo siento la boca y la nariz empastados por un barro sofocante. Acojo con alivio São Paulo, el hotel y un baño caliente.

8 de agosto

Todos esos grados de latitud y de longitud que hay que recorrer aún me dan náuseas. Día lóbrego y agitado (escribo esto en el avión que me lleva a Porto Alegre). A las once, visita de los filósofos brasileños que vienen a pedirme algunas «aclaraciones». Almuerzo en casa de una pareja joven de profesores franceses. Encantadores. Después, visita a la Alianza francesa. Paseo con Mme P. por las calles de São Paulo, donde tropiezo con una foto mía que me hace sentirme modesto. Cóctel en casa de Valeur. Cena en casa de Silvestre.

Conferencia. La sala está otra vez muy llena y hay gente de pie. Una gentil francesa me ha traído Gauloises. Después de la conferencia, me llevan al teatro a escuchar a una cantante brasileña. Luego, champán en casa de Andrade. Vuelvo molido, cansado de la faz humana.

9 de agosto

Salida para Porto Alegre en medio de la emoción de los Andrade y Silvestre, etc. Almuerzo en el avión. Por primera vez, leve crisis de ahogo. Pero nadie se da cuenta de nada. En Porto Alegre, desembarco con un frío cortante. Cuatro o cinco franceses congelados me esperan en el aeropuerto. Me anuncian que debo dar una conferencia por la noche, lo que no estaba concertado. He visto «Kapotes».[21] La luz es muy hermosa. La ciudad, fea. A pesar de sus cinco ríos. Estos islotes de civilización son a menudo horrorosos. Por la noche, conferencia. Mucha gente se queda fuera. La prensa añade cosas. Pero eso más bien me divierte. Mi preocupación es marcharme y acabar, acabar de una vez por todas. Se percatan de que no tengo visado para Chile. Tengo que parar en Montevideo, poner un telegrama, etc.

10 de agosto

Paseo por la ciudad. A las dos de la tarde avión, donde escribo esto y lo anterior. Terrible tristeza y sensación de aislamiento. No me ha llegado el correo y me estoy alejando de él.

El recibimiento de los oficiales franceses en Montevideo no es muy caluroso. Han tenido que cambiar varias veces la fecha de mis conferencias. Pero yo no tengo la culpa. Incluso se han olvidado de reservarme una habitación. Aterrizo, lleno de ideas negras, en una especie de trastero, donde me siento de todos modos mejor que en compañía de mis obligados anfitriones. Tardo en dormirme, dando vueltas y concentrando mi voluntad para no decaer interiormente antes de que termine el viaje.

Obligado a confesarme que, por primera vez en mi vida, estoy en plena debacle psicológica. Ese duro equilibrio que todo lo ha resistido se derrumba a pesar de todos mis esfuerzos. Hay en mí unas aguas glaucas por donde pasan formas vagas, en las que se diluye mi energía. En cierto modo, esta depresión es el infierno. Si la gente que aquí me recibe se diera cuenta del esfuerzo que hago para parecer normal, tratarían al menos de sonreír.

11 de agosto

Me levanto temprano y escribo unas cartas. Luego, como sigo sin noticias de mis protectores naturales, voy a visitar Montevideo en un hermoso día gélido. La punta de la ciudad se baña en las aguas amarillas del río de la Plata. Aireada, regular, Montevideo se halla rodeada por un collar de playas y un bulevar marítimo que me parecen bellos. Hay una prestancia en esta ciudad, en la que parece ser más fácil vivir que en otras que he visto hasta ahora. Mimosas en los barrios ajardinados, y palmeras que me recuerdan a Menton. Aliviado también por estar en un país de lengua española. Regreso a mi cuarto. Mis protectores naturales se despiertan. Saldré esta noche en el barco del río de la Plata para Buenos Aires. Almuerzo en casa del agregado cultural. Quai d'Orsay y sandeces floridas. Él es un buen chico, por lo demás. Por la noche, el barco abandona Montevideo. Miro de nuevo la luna sobre las aguas fangosas. Pero mi corazón está más seco de lo que estaba en el *Campana*.

12 de agosto

Por la mañana, Buenos Aires. Enorme amasijo de casas que se adelantan. W. R. me está esperando. Discutimos la cuestión de las conferencias. Yo mantengo mi posición añadiendo que mi conferencia, si la diese, versaría en parte sobre la libertad de expresión. Como además él emite la suposición de que mi texto podría ser requerido por la censura, para una lectura previa, le advierto de que me negaré en redondo. Opina, por tanto, que más vale no buscar un segundo escándalo. Ídem con el embajador. Vuelta por la ciudad, de una fealdad poco común. Gente, por la tarde. Para terminar, aterrizo en casa de V. O.[22] Casa grande y agradable, del estilo «Lo que el viento se llevó». Grande y antiguo lujo. Tengo ganas de acostarme y de dormir hasta que llegue el fin del mundo. Me duermo, en efecto.

13 de agosto

Buena noche. Me despierto en un día brumoso y frío. V. me envía cartas desde su habitación. Luego, los periódicos. La prensa peronista ha silenciado o dulcificado mis declaraciones de ayer por la tarde. Almuerzo con el director de *La Prensa* (oposición), tentativas policiales, etc. Por la tarde, cuarenta personas. Al salir de allí, cena con V. y nos quedamos hablando hasta medianoche. Ella me pone, para que las escuche, unas grabaciones de *La violación de Lucrecia* de Britten y unos poemas de Baudelaire, admirables. Primera velada de auténtico sosiego desde que salí. Debería quedarme aquí hasta el día de mi regreso, para evitar esta lucha continua que me agota. Hay una paz provisional en esta casa.

14 de agosto

A las nueve, sin noticias del avión que me llevará a Chile. Llaman por teléfono a las doce. El día transcurre en casa de V. esperando la salida. Rafael Alberti está allí con su mujer. Simpático. Sé que es comunista. Finalmente, le explico mi punto de vista. Y él me aprueba. Pero la calumnia hará lo demás y me separará un día de este hombre que es y debería seguir siendo un camarada. ¿Qué hacer? Estamos en la edad de la separación. El avión sale por fin al ponerse el sol. Pasamos los Andes de noche —y no puedo ver nada—, lo que es símbolo de este viaje. Todo lo más, diviso las aristas nevadas en la noche. Pero he tenido tiempo de ver, antes de que anocheciera del todo, la inmensa y monótona pampa, que parece no acabar nunca. La bajada a Santiago se hace a la velocidad del rayo bajo un cielo aterciopelado. A nuestros pies, un bosque de estrellas parpadeantes. Dulzura acariciadora de estas ciudades tendidas en la noche a orilla de los océanos.

15 de agosto

En el Pacífico con Charvet y Fron. Ch. me habla de la influencia de los temblores de tierra sobre el comportamiento de los chilenos. Quinientas sacudidas al año, varias de ellas catastróficas. Esto crea una psicología de inestabilidad. El chileno es jugador, gasta cuanto tiene y hace política al día.

Vamos en coche: el Pacífico con largos rodillos blancos. Santiago, limitado por las aguas y los Andes. Los colores violentos (las caléndulas son color de minio), los ciruelos y almendros en flor se destacan sobre el fondo blanco de las cimas nevadas. Admirable país.

Por la tarde: incordio. A las seis, foro. Estoy en buena forma. Cena en casa de Charvet, donde me encuentro en plena depresión. Bebo demasiado, por cansancio, y me acuesto tarde. Tiempo perdido.

16 de agosto

Día infernal. Radio, visita. Almuerzo en casa del hijo de Vincent Anidobre en una casita al pie de los Andes. Coloquio con gente de teatro de aquí. Conferencia a las siete de la tarde ante una sala que cansa por su densidad. Cena en la embajada, tan fastidiosa como el diluvio. Solo el embajador es divertido; ayer bailaba, después de quitarse la chaqueta.

17 de agosto

Día de disturbios y revueltas. Ya ayer hubo manifestaciones. Pero, hoy, les entra de repente como un temblor de tierra. El motivo es que aumenten los «micros» (autobuses de Santiago). Vuelcan los autobuses y los queman. Rompen los cristales de los que pasan por allí. Por la tarde me anuncian que la universidad, donde los estudiantes se han manifestado, está cerrada y que mi conferencia no puede celebrarse. En dos horas, los servicios franceses organizan una conferencia en el Instituto francés. Cuando salgo de allí, las tiendas han echado sus cierres y la tropa con sus cascos y armas ocupa literalmente la ciudad. A veces dispara al aire. Estado de sitio. Por la noche, oigo disparos aislados.

18 de agosto

Avión retrasado hasta la noche. Los Andes están cerrados. Duermo mal o poco aquí, y estoy cansado. Los Charvet vienen a buscarme a las once y me duermo de pie, de tan mala noche como he pasado. Pero su amabilidad no se hace pesada y vamos a dar un paseo en coche por el campo chileno. Las mimosas y los sauces llorones. Hermosa naturaleza fuerte. En la parada que hacemos, excelente almuerzo ante un fuego de chimenea. Después, bifurcamos hacia los Andes y nos detenemos para merendar en un hotel de montaña. Me encuentro bien en Chile y podría vivir aquí un poco más, en otras circunstancias. Al volver, nos enteramos de que el avión ha sido aplazado para el día siguiente por la mañana. Llueve a mares. Cena en casa de los Charvet. Me acuesto a medianoche. Encuentro en el hotel algunos regalos de despedida. Tardo mucho en dormirme.

19 de agosto

A las cuatro y media de la madrugada la compañía me llama por teléfono. Tengo que estar a las seis en el aeropuerto. A las siete sale el avión. Pero, después de haber tratado de buscar un paso, baja hacia el sur y se mete por otro paso, tras haber hecho doscientos kilómetros de más. Los Andes, prodigiosos relieves quebrados, desgarrando montañas de nubes, pero la nieve me deslumbra. Nos bamboleamos y rodamos sin parar y, para colmo, me da un ataque de asfixia. Evito lo peor por los pelos y hago como quien duerme.

No llegamos a Buenos Aires hasta el mediodía. La falta de sueño me abruma en este momento. V. O. ha venido a buscarme, pero nadie de la embajada, y no me han sacado billete para Montevideo, donde tengo que hablar a las seis y media de la tarde. Gracias a V., nos precipitamos a Buenos Aires, y luego al aeropuerto de hidroaviones. Ya no hay plazas. V. llama por teléfono a un amigo. Todo se arregla. Salgo a las cinco menos cuarto con mal tiempo, amarillo por encima de

las aguas amarillas. A las seis menos cuarto, Montevideo. La embajada ha delegado en alguien que me anuncia que han preferido suprimir la conferencia y llevarme al liceo francés. Allí, el director me dice que ha venido gente, de todos modos, y que no sabe qué hacer. Propongo un debate, aunque estoy planchado. Aceptan y me largan para mañana mis dos conferencias, una a las once y otra a las seis. Debate. Y me acuesto, borracho de cansancio.

20 de agosto

Día mortal. A las diez, periodistas y A. a las once, primera conferencia en la sala de la universidad. En medio de la conferencia, un curioso personaje entra en la sala. Una capa, la barba corta, los ojos negros. Se instala al fondo, de pie, abre ostensiblemente una revista y la lee. De cuando en cuando, tose muy fuerte. Este, al menos, pone algo de vida en el anfiteatro. Un momento con José Bergamín, fino, marcado, con la cara envejecida de intelectual español. No quiere elegir entre catolicismo y comunismo mientras la guerra de España no haya terminado. Un hipotenso, cuya energía no es más que espiritual. Me gusta esa clase de hombres.

Bergamín: mi tentación más profunda es el suicidio. Y el suicidio espectacular. (Volver a España corriendo el riesgo de ser mal juzgado, resistir y morir.)

Almuerzo con amables parejas de profesores franceses. A las cuatro, conferencia de prensa. A las cinco, veo al director de teatro que va a montar *Calígula*. Quiere meterle unos ballets. Es una manía internacional. A las seis, Mlle Lussitch y la encantadora agregada cultural de Uruguay me llevan a dar un corto paseo por los jardines a las puertas de la ciudad, en coche. La tarde es suave, rápida, poco tierna. Este país es fácil y bello. Me relajo un poco. A las seis y media de la tarde, segunda conferencia. El embajador se ha creído obligado a venir con su media naranja. En la primera fila se encuentran las siniestras caras del aburrimiento y de la vulgaridad. Después de la conferencia, salgo a pasear con Bergamín. Aterrizamos en un café populoso. Él duda de la eficacia de lo que está haciendo. Le digo que el mantener sin concesiones un rechazo es un acto positivo, cuyas consecuencias son positivas. Después, cena en casa de Suzannah Soca. Un montón de mujeres de mundo que, después del tercer whisky, se ponen insoportables. Algunas se ofrecen literalmente. Pero no hay en ellas nada apetecible. Una francesa encuentra el modo de hacer la apología de Franco delante de mí. Cansado, tiro a matar y comprendo que haré mejor en

retirarme. Propongo a la agregada cultural que se venga conmigo a beber una copa y nos escapamos. Esa cara bonita ayuda a vivir, al menos. La noche es dulce en Montevideo. Un cielo puro, el crujir de las palmas secas encima de la plaza de la Constitución, vuelos de palomas, blancos en el cielo negro. La hora sería fácil, y esa soledad en que me encuentro, sin noticias desde hace dieciocho días, sin confianza, podría distenderse un poco. Pero la encantadora muchacha empieza a recitarme, en medio de la plaza, versos franceses compuestos por ella, acompañándolos con ademanes trágicos, con los brazos en cruz. La escucho con paciencia. Después, vamos a tomar una copa y la acompaño a su casa. Me acuesto y siento de nuevo una angustia y una melancolía que me impiden dormir.

21 de agosto

A las ocho, en pie. He dormido tres o cuatro horas. Pero el avión abandona el terreno a las once. Bajo un cielo tierno, aireado, nuboso, Montevideo expone sus playas —ciudad encantadora— donde todo invita a la felicidad y a la felicidad sin preocupaciones de la mente. Estupidez de estos viajes en avión, medio de locomoción bárbaro y retrógrado. A las cinco volamos sobre Río, y, al bajar, me recibe ese aire espeso y húmedo, cuya consistencia recuerda al algodón hidrófilo, que yo había olvidado y que es particular de Río. Al mismo tiempo, los loros chillones y multicolores y un pavo real de voz discordante. Soy únicamente capaz de irme a acostar, sin noticias además, sin ninguna carta que me espere en la embajada.

22 de agosto

Me traen el correo; este había estado esperando dieciocho días en un despacho cualquiera. Cansado, no salgo de la habitación en todo el día. Por la noche, conferencia, tras la cual tomamos una copa en casa de Mme Mineur. Me acuesto con fiebre.

23 de agosto

Me levanto algo mejor. Se acerca el día de la marcha. Será el jueves o el sábado. Pienso en París como en un convento. Almuerzo en Copacabana, ante el mar. Las olas son altas y sueltas. Me tranquilizo un poco mirándolas. Regreso. Duermo un poco. A las cinco, debate público con los estudiantes brasileños. ¿Será el cansancio? Jamás tuve tanta facilidad. Cena en casa de los Claverie con Mme R., mujer encantadora, pero sin alcances, me parece.

24 de agosto

Me levanto un poco mejor todavía. La salida se ha fijado ahora para el sábado. Visitas por la mañana y vuelve el cansancio. Hasta el punto de que decido no almorzar. A la una y media, Pedrosa y su mujer vienen a buscarme para ir a ver unas pinturas hechas por locos, en el extrarradio, en un hospital de línea moderna y suciedad antigua. El corazón se me encoge viendo unas caras detrás de los grandes barrotes de las ventanas. Dos pintores interesantes. Los otros poseen, probablemente, con qué extasiar a nuestras mentes avanzadas de París. Pero, de hecho, es pura fealdad. Más chocante todavía en la escultura fea y vulgar. Me aterro al reconocer en un joven médico psiquiatra del establecimiento al muchacho que, al principio, me hizo la pregunta más estúpida que me han hecho en toda América del Sur. Él es quien decide la suerte de estos desdichados. Muy afectado él mismo, por lo demás. Pero aún crece mi pavor cuando me anuncia que hará el viaje a París conmigo, el sábado; treinta y seis horas encerrado con él en una cabina metálica, es la última prueba.

Por la noche, cena en casa de Pedrosa con gente inteligente. Lluvia recia al regresar.

25 de agosto

Gripe. Decididamente, este clima no me sienta bien. Trabajo un poco durante la mañana y luego voy al parque zoológico a ver al perezoso.

Pero el perezoso vive en libertad y hay que buscarlo entre los miles de árboles del parque. Renuncio a ello. Al menos, veo las espléndidas onzas, los horribles lagartos y el oso hormiguero. Almuerzo con Letarget en Copacabana. Río está velada por una lluvia incesante que llena los agujeros de la calzada y aceras, y disuelve los falsos barnices con que han tratado de recubrirla. Reaparece la ciudad colonial, y debo decir que resulta más atractiva así, con su barro, su estancamiento y el vaho de su cielo. Compras después de comer. Todo lo que encuentro en este país viene de otra parte. Por la tarde, a las cinco, en casa de Mendes. Otra vez un montón de gente, con quien me aburro sin fuerzas para disimularlo. Físicamente, ya no puedo soportar una sociedad numerosa. Lo mismo en la cena, en que somos siete, allí donde yo creía encontrar únicamente a Pedrosa y a Barleto, y donde todo el mundo habla quitándose la palabra y a voz en grito. Con la contribución de la gripe, la prueba se convierte en algo infernal. Quisiera irme, pero no me atrevo a dar la señal. A la una, Mme Pedrosa se da cuenta de que no me tengo en pie, y me voy a acostar.

26 y 27 de agosto

Dos días espantosos en que me arrastro con mi gripe por distintos rincones con distintas personas, insensible a lo que veo, preocupado únicamente por recuperar mis fuerzas, en medio de gentes, cuya amistad o histeria no se percata para nada del estado en que me encuentro y lo agrava todavía un poco más. Velada en casa del cónsul, donde oigo comentar la necesidad de los castigos corporales en nuestros ejércitos coloniales.

Sábado, cuatro de la tarde. Me avisan de que el avión ha tenido una avería y que no saldrá hasta mañana domingo. La fiebre aumenta y empiezo a preguntarme si no se trata de algo más serio que una gripe.

31 de agosto

Enfermo. Bronquitis, por lo menos. Llaman por teléfono diciendo que salimos esta tarde. Hace un día radiante. Médico. Penicilina. El viaje se termina dentro de un ataúd metálico, entre un médico loco y un diplomático, camino de París.

Las imborrables impresiones que registró Albert Camus en sus viajes por América del Norte y América del Sur durante los años cuarenta

Publicado a título póstumo en 1978, *Diarios de viaje* contiene los apuntes que Albert Camus tomó durante dos periplos por América del Norte y América del Sur en los años cuarenta. Una primera parte describe su estancia en los Estados Unidos y Canadá de marzo a mayo de 1946, mientras que la segunda recoge su paso por el Brasil, la Argentina y Chile entre junio y agosto de 1949. Aunque presentan un interés común, los textos tienen un tono muy distinto. Camus llega a dar conferencias en Estados Unidos como un periodista de la resistencia y autor poco conocido; en Sudamérica, en cambio, desembarca en viaje oficial, como el escritor consagrado por el éxito mundial de *La peste*. El segundo viaje también le depara los temores vinculados al recrudecimiento de la tuberculosis que lo acosaba desde su juventud. Y en sus páginas queda la marca de una crisis personal de la que nacerán nuevas obras.

Albert Camus (Mondovi, Argelia, 1913 - Villeblevin, Francia, 1960) fue uno de los escritores e intelectuales franceses más importantes del siglo XX. Escribió novelas, relatos, ensayos, crónicas y obras de teatro, así como adaptaciones escénicas de grandes novelas modernas. Durante la ocupación alemana dirigió el periódico de la Resistencia francesa *Combat* y, después de la guerra, mantuvo una postura de izquierdas, aunque se fue alejando del marxismo y el comunismo. En su labor periodística, abordó la realidad francesa de su época, dio cuenta de las injusticias presenciadas en su Argelia natal y defendió la causa de la República española. Muy próximo a España y su cultura, adaptó a la escena francesa *El caballero de Olmedo* de Lope de Vega y *La devoción de la Cruz* de Pedro Calderón de la Barca. Entre sus libros destacan las novelas *El extranjero*, *La peste* y *La caída*; las piezas *Calígula* y *El malentendido*; y los ensayos *El mito de Sísifo* y *El hombre rebelde*. Autor de una obra amplia y polifacética, Albert Camus recibió el Premio Nobel de Literatura en 1957 «por su importante producción literaria, que ilumina con lúcida seriedad los problemas de la conciencia humana de nuestro tiempo».

Título original: *Journaux de voyage*

Edición en formato digital: junio de 2021

1978, Éditions Gallimard, Paris.

2021, Penguin Random House.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Para más libros, visita: textseed.xyz

ISBN: 978-84-6635-647-3

[1] Camus hace el viaje como periodista. [Esta nota y las que siguen, salvo indicación expresa en otro sentido, son del editor francés.]

[2] Puerto de Arabia Saudí, donde tienen su sede las misiones diplomáticas extranjeras.

[3] Más tarde se sabrá que las posiciones tomadas por *Combat* se hallan en el origen de este recelo.

[4] Escritor y crítico italiano, amigo de Albert Camus.

[5] O'Brien tradujo en Estados Unidos varias obras de Camus.

[6] Editor estadounidense.

[7] Editor estadounidense que será el editor principal de Albert Camus en Estados Unidos.

[8] Lionel Abel, escritor y periodista que tradujo la conferencia de Albert Camus en Harvard.

[9] Se refiere al «Olympian Roller-Skating Rink», una antigua pista de patinaje situada en la calle 52 oeste. *(N. del E. español)*

[10] Waldo Franck, escritor estadounidense que mantuvo una larga correspondencia con Albert Camus.

[11] Pintor estadounidense (1847-1917). Expuesto en el Metropolitan Museum de Nueva York.

[12] Pintor uruguayo (1861-1938). Amigo de Bonnard.

[13] Joven estadounidense que ofreció a Albert Camus la libre disposición de su apartamento con la mayor discreción.

[14] Nombre que Camus le había puesto a su coche.

[15] «Señorito», en castellano en el original. *(N. del E. español)*

[16] Auguste Comte, a quien De Vaux conoció en 1844, se enamoró profundamente de ella.

[17] Historiador francés (1878-1956).

[18] B.: probablemente se trate de Belcourt, barrio de Argel.

[19] «Campeones», «su compañero» y «gusto francés», en castellano en el original. *(N. del E. español)*

[20] En castellano en el original. *(N. del E. español)*

[21] ¿Tal vez haya que leer *Kapok*?

[22] Victoria Ocampo.

Índice

Diarios de viaje

Introducción a la edición francesa

Estados Unidos

América del Sur

Sobre este libro

Sobre Albert Camus

Créditos

Notas